

„Yo lo diré bien, Condesa,
Cuando la hora sería.“

„Si no me lo decís, Conde,
Cierto yo reventaría.“

„No me fatigéis, Señora,
Que no es la hora venida.
Cenemos luego, Condesa,
De aqueso que en casa había.“

„Aparejado está, Conde,
Como otras veces solía.“
Sentóse el conde á la mesa,
No cenaba, ni podía.

Con sus hijos al costado,
Que muy mucho los quería.
Echóse sobre los hombros,
Hizo como que dormía.

De lágrimas de sus ojos
Toda la mesa cubría.
Mirándolo la condesa,
Que la causa no sabía.

No le preguntaba nada,
Que no osaba, ni podía.
Llevatóse luego el conde,
Dijo que dormir quería.

Dijo también la condesa,
Que ella también dormiría.
Mas entre ellos no había sueño,
Si la verdad se decía.

Vanse el conde y la condesa
A dormir donde salían;
Dejan los niños de fuera,
Que el conde no los quería.

Lleváronse el mas chiquito,
El que la condesa cria;
El conde cierra la puerta,
Lo que hacer no solía.

Empezó de hablar el conde
Con dolor y con mancilla:
„¡O desdichada Condesa,
Grande fue la tu desdicha!“

„No soy desdichada, Conde;
Por dichosa me tenía
Solo en ser vuestra muger;
Esta fue gran dicha mia.“

„Si bien lo miráis, Condesa,
Esa fue vuestra desdicha.
Sabed que en tiempo pasado
Yo amé á quien servía.“

„La cual era la Infanta.
Por desdicha vuestra y mia
Prometí casar con ella,
Y á ella que le placía.“

„Demándame por marido
Por la fé que me tenía,
Puédelo muy bien hacer
Por razon y por justicia.“

„Dijomelo el rey, su padre,
Porque della lo sabía.
Otra cosa manda el rey
Que toca en el alma mia.“

„Manda que murais, Condesa,
Á la fin de vuestra vida;
Que no puede tener honra,
Siendo vos, Condesa, viva.“

Desque esto oyó la condesa,
Cayó en tierra mortecida;
Mas despues en sí tornada,
Estas palabras decía.

„Pagados son mis servicios,
Conde, con que yo os servía;
Si no me matais, el Conde,
Yo bien os aconsejaría.“

„Enviédesme á mis tierras,
Que mi padre me ternia;
Yo criaré vuestros hijos
Mejor que la que vernia,

„Y os mantendré castidad,
Como siempre os mantenía.“

„De morir habeis, Condesa,
Antes que amanezca el día.“

„Bien parece, Conde Alarcos,
Yo ser sóla en esta vida;
Porque tengo el padre viejo,
Mi madre ya es fallecida,

„Y mataron á mi hermano,
El buen conde Don García;
Que el rey lo mandó matar
Por miedo que dél tenía.

„No me pesa de mi muerte,
Porque yo morir tenia;
Mas pésame de mis hijos,
Que pierden mi compañía.

„Hacémelos venir, Conde,
Y verán mi despedida.“

„No los véreis mas, Condesa,
En días de vuestra vida.

„Abrazad ese chiquito;
Que aqueste es el que os perdía.
Pésame de vos, Condesa,
Cuanto pesar me podía.

„No os puedo valer, Señora,
Qué mas me va que la vida;
Encomendaos á Dios,
Que esto de hacerse tenia.

„Dejéisme decir, buen Conde,
Una oracion que sabia.“
„Decidla presto, Condesa,
Antes que amanezca el día.“

„Presto la habré dicho, Conde,
No estaré un avemaría.“
Afinojóse en la tierra,
Y esta oracion decia:

„En las tus manos, Señor,
Encomiendo el alma mia;
No me juzgues mis pecados,
Segun que yo merecia,

„Mas segun tu gran piedad
Y la tu gracia infinita.“
Acabada es ya, buen Conde,
La oracion que yo sabia.

„Encomiéndooos esos hijos
Que entre vos y mí habia,
Y rogad á Dios por mí,
Mientras tuviédes vida;

„Que á ello sois obligado,
Pues que sin culpa moria.

„Dédesme acá ese hijo,
Mamará por despedida.“

„No lo despertéis, Condesa,
Dejaldo estar, que dormia;
Sino que os pido perdon,
Porque ya llegaba el día.“

„Á vos yo perdono, Conde,
Por amor que vos tenia;
Mas yo no perdono al rey,
Ni á la Infanta, su hija;

„Sino que quedenv citados
Delante la alta justicia;
Que allá yayan á juicio
Dentro de los treinta días.“

Estas palabras diciendo,
El conde se apercibia;
Echóle por la garganta
Una toca que tenia.

Apretó con las dos manos
 Con la fuerza que podía;
 No le aflojó la garganta,
 Mientras que vida tenía.

Cuando ya la vido el conde
 Traspasada y fallecida,
 Desnudóse los vestidos
 Y las ropas que tenía.

Echóla encima la cama,
 Cubridla como solia;
 Desnudóse á su costado
 Obra de un avemaria.

Levantóse, dando voces
 Á la gente que tenía:

„¡ Socorro, mis escuderos,
 Que la condesa se fina!“

Hallan la condesa muerta,
 Los que á socorrer venian.
 Así murió la condesa
 Sin razon y sin justicia.

Mas tambien todos murieron
 Dentro de los treinta dias:
 Los doce dias pasados,
 La Infanta ya se moria,

El rey á los veinte y cinco,
 El conde al treinteno dia.

Allá fueron á dar cuenta
 Á la justicia divina.
 Acá nos dé Dios su gracia,
 Y allá la gloria cumplida.

Esta trágica breve historia, en verso corre impresa por separado en varias ediciones. De ellas hay una en un pliego en 4. sin fecha ni lugar de impresion, pero que parece segun toda probabilidad hecha en Barcelona como á fines del siglo XVII. El título de esta obrilla es: „La tragedia del conde Alarcos y de la Infanta: trata de como mató á su muger por casarse con la dicha Infanta.“ Federico Schlegel ha tratado este argumento en versos alemanes. **D.**

65.

Amoroso mensage que envia al caballero cristiano Fajardo la Mora Fatima, prendada de su persona y hechos.

„Caballero Abindarraez,
 Pues os partis á la guerra,
 Y para el reino de Murcia
 Haced alarde y reseña,

„Si viéredes á Fajardo,
 Aquel de la cruz bermeja,

Aquel alcalde de Lorca,
 De quen tantas cosas cuentan.

„Aquel que de ver su sombra
 Tiemblan los Moros de veras.
 Aquel que mató Alfajar,
 Y que arrastró sus banderas,

„Pues yo sé que es vuestro
amigo,

Que no alcanzareis las vuestras,
Para quitalle sus villas,

Ni hacer á su gente ofensa,

„Decidme como en Granada
Fatima rogando queda

Á Mahomá su vida
Y por sus altas empresas.

„Decidle que de su fama
Está enamorada, y tierna,

Informada de un esclavo
Que fue yerba de su flecha.

„Decidle que pudo el nombre
De Fajardo en mi dureza

Mas que de Zaidé el amor,
Y que ha un año que me in-
quieta.

„Y decidle que aunque sé
Que el amarle es cosa honesta,
Sé que es el verle imposible,
Y que, siéndolo, se aumenta.

„Y que le labré un pendon
De seda, oro, plata y perlas,
Que le daré de mi mano,
Si quiere Alá que le vea.

„Que me tenga en su memoria,
Y ya que no lo merezca,
Por su muger que le adora,
Y que de suya se precia.“

Este romance está en el II. acto de la comedia de Lope de Vega
intitulada: „El primer Fajardo.“

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

66.

*Viendo la Infanta que el conde alemán enamora á su madre,
quiere impedir la deshonra de su padre, y da falso aviso de
que el conde con dañados intentos la requiere de amor, con lo
cual el rey resuelve castigarle, quedando así el adúltero con la
debida pena, é ilesa la honra de los reyes.*

Á tan alto va la luna
Como el sol á medio día,
Cuando el buen conde alemán
Ya con la reina dormía.¹⁾

Si no era la Infanta,²⁾
Aquesa Infanta, su hija.

Y su madre la hablaba,
Desta manera decía:
„Cuanto viéredes, Infanta,
Cuanto viéredes, encobrildó;

No lo sabe hombre nacido
De cuantos en corte había,

1) Con esa dama yacia.

2) Sino solo la condesa.

„Daros ha el conde aleman
Un manto de oro fino.“

„¡Mal fuego lo quemé, madre,
El manto de oro fino,

„Cuando en vida de mi padre
Tuviese padraastro viyo!“
De allí se fuera llorando.
El rey 1), su padre, la ha visto.

„¿Porqué llorais, la Infanta?
Decid, ¿quién llorar os hizo?“

„Yo me estaba aquí comiendo,
Comiendo sopas de vino,

„Entró el conde aleman,
Y echólas por el vestido.“

„Calleis, mi hija, calleis,
No tomeis deso pesar;
Que el conde es niño y muchacho,
Facerlo ha por burlar.“

„¡Mal fuego quémese, padre,
Tal reir y tal burlar!
Cuando me tomó en sus brazos,
Connigo quiso holgar!“ 2)

„Si él vos tomó en sus brazos,
Y con vos quiso holgar,
En antes que el sol saliese,
Yo lo mandaré matar.“

Esta es una escena escandalosa de algun libro de caballeria. La hija delata á su padre el seductor de su madre, pero dándole á creer que intenta deshonorarla á ella. El seductor está señalado solamente con el nombre de conde aleman; pero el título de la composicion en el Cancionero dice ser el conde Baldovin (probablemente de Flandes).

Curiosas son las variantes de este romance. En el Cancionero la adúltera es una reina. En las ediciones siguientes el dictado de reina desaparece, y solo se llama „esa dama.“ **D.**

1) El conde.

2) Non me quiso respetar.

67. La duquesa de Lorena viene á Toledo á la corte del rey godo Rodrigo á ver si halla quien combata por ella, estando falsamente acusada por Lembrot, hermano del duque, su marido, de haber sido poco limpia. Ofrecense á servirla tres de los mejores caballeros godos, y peleando estos con los contrarios de la duquesa, los vencen y matan.

En la ciudad de Toledo
Muy grandes fiestas hacia
Ese rey godo Rodrigo
Con su gran caballería,
Y mucha gente extranjera
Á la tal fiesta venia;
Vienen duques y marqueses,
Y reyes de gran valía.

En España era entonces
La flor de caballería.
La duquesa de Lorena
Á aquella corte venia,
No para mirar los juegos,
Sino á ver si hallaria
Quien se combata por ella;
Sobre un pleito que traía.

Es el pleito desta suerte
Que ella un marido tenia
Que la hacia heredera
De toda su señoría,
Si de su muerte en dos años
Castidad le mantenía;
Y lo contrario haciendo,
Que todo lo perderia.

Lembrot, hermano del duque,
Con codicia que tenia
De heredar en su ducado,
Testigos falsos ponía

Que acusen á la duquesa
Que con un varon dormia.
Fuéronse al emperador,
Y cada uno decia

De su razon y derecho,
Según que mejor sabia.
La razon que da Lembrot,
Desta manera decía:

Que buscase la duquesa
Dentro de un año y un día
Quien le combatiere á él
Y á dos tios que tenia

La contienda del ducado
Sobre que era la porfía;
Y que si Lembrot venciese,
Suyo el ducado seria

Si venciese la duquesa,
Que firme le quedaria.
Al emperador aplace
Lo que Lembrot proponia

Firmaron ambos á dos
Todo así se trataria,
Con tal que fuese obligado
Lembrot y su compañía

De aceptar la batalla
Do ella señalaria.
De allí se va la duquesa
Ya muy triste en demasia;

Porque en toda aquella corte
Tres caballeros no había
Que osasen á combatirse
Con los tres de la porfía.

Asi partió para España,
Y á Toledo se venia;
Muy bien lá recibe el rey,
Hácele gran cortesía.

Cuando contó la duquesa
Á que fuera su venida,
Ofreciósele Sacarus,
Flor de la caballería;

Ofreciósele Almeric,
Lo mesmo Agresés hacia,
Todos buenos caballeros,
Que otros mejores no había.

Las fiestas se comenzaron,
La duquesa bien las via;
¡Cuan bien que mostraba en ellas
Sacarus su gran valía!

Bien se cree la duquesa,
Que por él libre sería;
Las fiestas son acabadas;
Luego la duquesa envía

Á citar sus enemigos
Que vengan á cierto día
Á combatirse en España,
Con quien por ellos salia.

El término no es cumplido,
Cuando ya Lembrot venia
Con los dos tios consigo;
¡O cuan bien que parecia!

Porque era grande de cuerpo,
Gentil hombre en demasia;
Señálanles la batalla,
Señaláronles el día.

Ya los meten en el campo,
Y mucha gente los mira;
Partido les han el sol,
Porque no haya mejoría.

Como todos fueron dentro,
Una trompeta se oia;
Corren unos para otros
Con esfuerzo y valentía,

Del encuentro de Sacarus
Lembrot en tierra caia;
Agresés y su contrario
Ambos á tierra venian;

Lo mesmo hace Almeric,
Y el contrario que tenia;
Levántanse muy ligeros
Sin punta de cobardía.

Y como Sacarus vido
Que apearse le cumplia,
Desciende de su caballo,
Y contre Lembrot venia.

Tantos se dan de los golpes,
Que gran espanto ponian;
Pues los otros caballeros
Tan sin duelo se herian,

Que á los que los miraban
Á gran compasion movian.
Hora y media se combaten
Sin conocer mejoría.

Mas como el sol era grande,
Gran trabajo les ponia;
Apártanse para holgar,
Que bien menester lo habian.

Como hubieran descansado,
Á la batalla volvian.
Todos seis andan en campo;
Que otra cosa no hacian.

Sino dar y recibir
Fuertes golpes á porfía,
Todos están espantados
De como durar podía.

Una tan fuerte batalla
Sin sentirse mejoría,
Tornaron á descansar
Ya cerca de mediódía.

Lembrot está mal herido,
Mucha sangre dél salía;
Entre sí estaba diciendo:
¡Válgame santa María!

„Este hombre es infernal,
Que destruirme quería;
Porque si él humano fuese,
Mis golpes bien sentiría.

„Mas veo que cada hora
Le recrece la osadía.“
Ya abrazada Sacarus
Con vergüenza que tenía,

Y vase contra Lembrot,
El cual bien lo recebia.
La batalla que comienzan
Nueva á todos parecia.

Pues Almeric y Agreses
¡Cuan bien que se combatian!
Tienen fuertes enemigos;
Bien menester les hacia
Mostrar todo su ardimiento,
Por salir con su porfía.

Sacarus muy enojado,
Que la ira le crecía,
Tres golpes le dió á Lembrot,
De manos dar le hacia.

Mas Lembrot era ligero,
Levantóse muy aina;
Pero ya anda mirando
Como se defendería.

Almeric viendo á Sacarus,
Como á Lembrot mal traía,
Pensó en su corazón
Que retraido sería,

Si en librar su batalla
El mucho se detenía.
Agreses era mancebo,
Ardimiento le crecía.

Fue contra su enemigo,
Que cansado lo tenía,
Y hízole dar de manos,
Reciamente lo hería.

Gran placer habian las damas
De lo que Agreses hacia.
Sacarus muy enojado
Á Lembrot del yelmo tira,

Las enlazaduras quiebra,
La cara le descubria.
Mas Lembrot, que así se vido,
Con Sacarus remetía,

Pensando que por ser grande
Que á lucha lo vencería,
Y cogiéndolo debajo,
Que luego lo mataría.

Mas Sacarus con su espada
La cabeza le hendía.
Los tios, que aquesto vieron,
Como Lembrot muerto habia,

Caen ambos en el suelo,
Corazon les fallecía;
Cortáronles las cabezas,
En el campo las ponían.

Luego preguntan al rey
Si mas que hacer habia;

Dijo el rey que bien estaba;
Que nada les fallecia.

68.

La niña, princesa de Francia, yendo sola y perdida por el camino, da con un caballero atrevido que la requiebra; pero ella le burla, y logrando que la acompañe hasta dejarla en salvo en Paris, luego se le descubre, riendo de su boberia.

De Francia partió la niña,
De Francia la bien guarnida,
Íbase para Paris,
Do padre y madre tenia.

Errado lleva el camino,
Errada lleva la via;
Arrimábase á un roble,
Por esperar compañía.

Vió venir un caballero
Que á Paris lleva la guia,
La niña, desde que lo vido,
Desta suerte le decia:

„Si te place, Caballero,
Llévesme en tu compañía.“
„Pláceme, dijo, Señora,
Pláceme, dijo, mi vida.“

Apeóse del caballo,
Por hacelle cortesia,
Puso la niña en las ancas,
Y subiérase en la silla.

En el medio del camino
De amores la requería.
La niña, desde que lo oyera,
Dijole con osadía:

„¡Tate, tate, Caballero!
No hagais tal villanía.“

Hija soy yo de un malato
Y de una malatía;

„El hombre que á mí llegase,
Malato se tornaría.“
El caballero con temor
Palabra no respondía.

Á la entrada de Paris
La niña se sonreía.

„¡De qué os reis, mi Señora!
¡De que os reis, vida mía!“

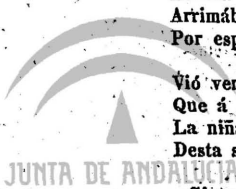
„Ríome del caballero
Y de su gran cobardía,
Tener la niña en el campo,
Y catarle cortesia.“

Caballero con vergüenza
Estas palabras decia:

„¡Vuelta, vuelta, mi Señora!
Que una cosa se me olvida.“

La niña como discreta
Dijo: „Yosno volvería,
Ni persona, aunque volviere,
En mi cuerpo tocaría.“

„Hija soy del rey de Francia
Y de la reina Constantina;
El hombre que á mí llegase,
Muy caro le costaría.“



JUNTA DE ANDALUCÍA

Hay un romance antiguo frances menos caballeresco y animado, pero mas tosco que el romance español que acaba de verse. El frances dice asi:

„Et qui vous passera le boys,
 Dictes, ma douce amye?
 Nous la passerons cette foys
 Sans point de villanye.
 Quant elle feust au boys sibeau
 D'aymer yl'a requise.“
 „Je suiz la fille d'un mezeau, (gafó),
 De cela vous advise!“

„De Dieu soyt maudit le merdier
 Qui la fille a nourrye!
 Quant il na la meét á messier
 Où qu'il ne la marye,
 Ou ne la faiet en lieu bouter
 Que homme n'en ayt envye.“

Quant elle feust dehors du boys
 El se print á soubzrire.

„Belle qui menez tel desgoys,
 Dictes moy, qu'est ce á dire?“

Et repondit á basse voix:

„Je suis la fille d'un bourgeois,

Le plus grant de la ville,

L'on doit couart maudire.“

„Femme je ne croiray d'ang moys,

Tant soit belle ou abille.“

L. Dubois, Vaux de Fire, chanson XXX.

D.

69.

Estáse la Infanta á orillas del Guadalquivir, y tiene un coloquio desabrido con el almirante de Castilla, que le trae malas nuevas de su flota.

Estaba la linda Infanta
 Á sombra de una oliva,
 Peine de oro en sus manos,
 Los sus cabellos bien cria.

Alzó sus ojos al cielo,
 Encontra do el sol salia;
 Vió venir un fuste armado
 Por Guadalquivir arriba.

Dentro venia Alfonso Ramos, Diésselas, Alfonso Ramos;
 Almirante de Castilla: Que segura te seria."
 „¡Bien vengais, Alfonso Ramos,
 Buena sea tu venida! „Allá llevan á Castilla
 „Y que nuevas me traedes Los Moros de Berberia."
 De mi flota bien guarnida?"
 „Si no me fuese porque,
 La cabeza te cortaria."
 „Nuevas te traigo, Señora, „Si la mía me cortases,
 Si me aseguras la vida.“ La tuya te costaria.“



P.C. Moraleja de la Alfranca y Generalife
 CONSEJERIA DE CULTURA

...del ...
 ...
 ...
 ...

ROMANCES SOBRE EL CONDE CLAROS.

No pudiendo reposar el conde Claros aquejado de amores, apriesa se viste, y salta de la cama.

Conde Claros con amores
Non pudiera reposare;
Apriesa pide el vestido,
Apriesa pide el calzare.
Presto está su camarero,
Para habérselo de dare;
Que quien adama, non duerme,
Y mas cuando celos haye.

Salto diera de la cama,
Que parece un gavilane;
Que es con amores el lecho
Mármol duro y lid campale.
Las calzas se pone el conde
Apriesa y non de vagare;
Que amores de blanda niña
Llamándole apriesa estáne.

Esta cancioncilla está en la comedia intitulada: „Los hijos de la Barbada.“ Acaso el poeta que la escribió insertó en ella solamente las primeras cuartetas de una cancion al uso en su tiempo.

D.

71.

El conde Claros, perdido de amores por la Infanta Claraniña, á media noche se viste con costosos arreos, y se va hácia el palacio á hablar con su señora. Encuéntrase con ella, y la requiebra humilde y amoroso, prometiéndole hacer en su honra altas hazañas. Como se entrega á él la Infanta, faltando á la honestidad. Como los descubre un cazador, y da parte al rey de la torpe acción que ha presenciado. Manda el rey que muera el conde degollado por su delito. Plática que hace el arzobispo, disculpando en parte al conde, de quien va á hacerse pública justicia. Un pagecico, que va asistiendo al conde hácia el cadahalso, dejándole, va á informar de lo que pasa á la Infanta. Acude esta á su padre, y puesta á sus pies, con sentidas y vivas razones pide el perdon del conde. Déjase vencer el rey, aconsejado por sus Magnates, y perdonando al culpado, le casa con la Infanta.

Media noche era por hilo,
Los gallos querían cantar;
Conde Claros por amores,
No podía reposar.

Quando muy grandes sospiros,
Que el amor le hacía dar,
Porque amor de Claraniña,
No le deja sosegar.

Quando vino la mañana
Que quería alborear,
Salto diera de la cama,
Que parece un gavilan.

Voces da por el palacio,
Y empezara de llamar,
„; Levantaos, mi camarero,
Dadme vestir y calzar!“

Presto estaba el camarero,
Para habérselo de dar,
Diérale calzas de grana,
Borreguís de cordoban.

Diérale jubon de seda
Aforrado en zarzanan;

Diérale un manto muy rico,
Que no se puede apreciar,

Trescientas piedras preciosas
Al redor del collar.

Traele un rico caballo
Que en la corte no hay su par;

Que la silla con el freno
Bien valja una ciudad,

Con trescientos cascabeles
Al redor del petral.

Los ciento eran de oro,
Y los ciento de metal,

Y los ciento son de plata,
Por los sonos concordar.

Ibase para el palacio,
Para el palacio real,

Y á la Infanta Claraniña
Allí la fuera de á hablar.

Trescientas damas con ella
La iban á acompañar;
Tan linda va Claraniña,
Que á todos hace penar.

Conde Claros, que la vido,
Luego va á descabalar;
Dè rodillas en el suelo
Le comenzó de hablar:

„Mantenga Dios á tu Alteza!“
„Conde Claros, bien vengais!“
Las palabras que prosigue
Eran por enamorar.

„Conde Claros, Conde Claros,
El Señor de Montalvan,
Como habeis hermoso cuerpo
Para con Moros lidiar!“

Respondiera el conde Claros;
Tal respuesta le fue á dar:
„Mejor le tengo, Señora,
Para con damas holgar.“

„Si ya os tuviera esta noche,
Mi Señora, á mi mandar,
Querria la otra mañana
Con cien Moros pelear.“

„Y si á todos no venciese,
Que me mandasen matar.“
„¡Callede, Conde, callede,
Y no os querais alabar.“

„El que quiere servir damas,
Así lo suele hablar,
Y al entrar en las batallas
Bien se saben excusar.“

„Si no lo creéis, Señora,
Por las obras se verá,
Siete años sòn pasados
Que os empecé de amar.“

„Que de noche yo no duermo,
Ni de día puedo holgar.“
„Siempre os preciastes, Conde,
De las damas os burlar.“

„Mas dejáme ir á los baños,
Á los baños á bañar;
Cuando yo sea bañada,
Estoy á vuestro mandar.“

Respondiérale el buen conde,
Tal respuesta le fue á dar:
„Bien sabedes vos, Señora,
Que soy cazador real.“

„Caza que tengo en la mano,
Nunca la puedo dejar.“
Tomárala por la mano,
Y para un vergel se van.

Á la sombra de un aciprés
Debajo de un rosal
De la cintura arriba
Tan dulces besos se dan;

De la cintura abajo
Como hombre y muger se han.
Mas fortuna, que es adversa,
Á placeres y á pesar,

Trujo allí un cazador
Que no debía pasar
Detras de una podenca,
Que rabia debía matar.

Vido estar al conde Claros
Con la Infanta á lindo holgar.
El conde, cuando le vido,
Empezóle de llamar.

„¡Ven acá tú, el cazador,
Y Dios te garde de mal!
De todo lo que has visto,
Que nos guardes poridad.“

„Daréte mil marcos de oro,
Y si mas quisieres, mas;
Casarte he con una donçella
Que era mi prima carnal.“

„Darte he en arras y en dote.
La villa de Montalvan;
De otra parte la Infanta
Mucho mas te puede dar.“

El cazador sin ventura
No les quiso escuchar;
Vase para los palacios,
Adonde el buen rey está.

„Manténgate Dios, el Rey,
Y á tu corona real!
Una nueva yo te traigo
Dolorosa y de pesar.“

„No te cumple traer corona,
Ni en caballo cabalgar;
La corona de la cabeza
Bien te la puedes quitar.“

„Si tal deshonra como está
La hubieses de comportar;
Que he hallado la Infanta
Con Claros de Montalvan.“

„Besándola y abrazándola
En vuestro huerto real
De la cintura abajo,
Como hombre y muger se han.“

El rey con muy grande enojo
Mandó el cazador matar,
Porque habia sido osado
De tales nuevas llevar.

Mandó llegar alguaciles
Apriesa, no de vagar;
Mandó armar quinientos hombres
Que lo hayan de acompañar.

Para que prendan el conde,
Y le hayan de tomar;
Y mandó cerrar las puertas,
Las puertas de la ciudad.

Á las puertas de palacio
Allá le fueron de hallar;
Preso llevan al buen conde
Con mucha riguridad.

Unos grillos á los pies,
Que bien pesan un quintal;
Las esposas á los manos,
Que era dolor de mirar.

Una cadena á su cuello,
Que de hierro era el collar;
Cabálganle en una mula,
Por mas deshonra le dar.

Metiéronle en una torre
De muy gran escuridad;
Las llaves de la prision
El rey las quiso llevar.

Porque sin licencia suya
Nadie le pudiese hablar,
Por él rogaban los Grandes,
Cuántos en la corte están;

Por él rogaba Oliveros,
Por él rogaba Roldan,
Y ruegan los doce pares
De Francia la natural,

Y las monjas de santa Ana
Con las de la Trinidad,
Llevaban un crucifijo
Para el rey poder rogar.

Con ellas va el arzobispo,
Y un perlado y cardenal;
Mas el rey con grande enojo
Á nadie quiso escuchar,

Antes de muy enojado
Sus Grandes mandó llamar.
Cuándo ya los tuvo juntos,
Empezóles de hablar.

„Amigos é hijos míos,
 Á lo que os hice llamar;
 Ya sabeis que el conde Claros,
 El señor de Montalban,

„De niño yo le he criado,
 Hasta ponello en edad,
 Y le he guardado su tierra,
 Que su padre le fue á dar.

„Hícele gobernador
 De mi reino natural;
 Él por darme galardón
 Mirad en que fue á tocar;

„Que quiso forzar la Infanta,
 Hija mía natural,
 Hombre que lo tal comete,
 ¿Qué sentencia le han de dar?”

„Todos dicen á una voz,
 Que le hayan de degollar;
 Y así la sentencia dada,
 El buen rey la fue á firmar.

„El arzobispo, que esto viera,
 Al buen rey fue á hablar,
 Pidiéndole por merced,
 Licencia le quiera dar,

„Para ir á ver el conde,
 Y su muerte denunciar.
 „Pláceme, dijo el buen rey,
 Pláceme de voluntad,

„Mas con esta condicion
 Que solo habeis de andar
 Con aquesto paguecico,
 Que le va á acompañar.”¹⁾

„Cuando vido estar al conde
 En su prision y pesar,

1) De quien puedo bien fiar.

Las palabras que le dice,
 Dolor eran de escuchar;

„Pésame de vos, el Conde,
 Cuanto me puede pesar;
 Que los yerros por amores
 Dignos son de perdonar.

„La desastrada caida
 De vuestra suerte y ventura,
 Y la nueva á mi venida
 Sabed que hace mi vida
 Mas triste que la tristura,

„De forma que no sé donde
 Pueda yo placer cobrar.
 Pues que por vos no se esconde,
 De vos me pesa, el buen Conde,
 Porque así os quieren matar.

„Los como vos esforzados
 Para las adversidades
 Han de estar aparejados
 Tanto á sufrir los cuidados
 Como las prosperidades.

„Pues el primero no fuistes
 Vencido por bien amar,
 No temais angustias tristes;
 Que los yerros que hecistes
 Dignos son de perdonar.

„Por vos he rogado al rey,
 Nunca me quiso escuchar;
 Antes ha dado sentencia
 Que os hayan de degollar.
 Yo os lo dije bien, sobrino,

„Que os dejádes de amar;
 Que el que á las mugeres ama,
 Atal galardón le dan,
 Que haya de morir por ellas
 Y en las cárceles penar.”

Respondió presto el buen conde
Con esfuerzo singular:

„¡Callede por Dios, mi tío,
No me queráis enojar!

„Quien no ama las mugeres,
No se puede hombre llamar;
Mas la vida que yo tengo,
Por ellas quiero gastar.“

Respondióle el pagecico,
Tal respuesta le fue á dar:
„Conde, bien aventurado
Siempre os deben de llamar,

„Porque muerte tan honrada
Por vos habia de pasar;
Mas envidia he de vos, Conde,
Que mancilla ni pesar.

„Mas quisiera ser vos, Conde,
Que el rey que os manda matar,
Porque muerte tan honrada
Por mí hubiese de pasar.

„Llama yerro la fortuna
Quien no la sabe gozar;
Que la priesa del cadahalso
Vos, Conde, la debeis dar.

„Si no es dada la sentencia,
Vos la debeis de firmar.“
El conde, cuando esto oyera,
Tal respuesta le fue á dar:

„¡Por Dios te ruego, page,
En amor de caridad,
Que vais á la princesa
De mi parte á la rogar

„Que suplico á la su Alteza
Que ella me salga á mirar;
Que en la hora de mi muerte
Yo la pueda contemplar;

„Que si mis ojos la ven,
Mi alma no ha de penar.“
Ya se parte el pagecico,
Ya se parte, ya se va.

Llorando de los sus ojos
Que queria reventar.
Topara con la princesa,
Bien oireis lo que dirá:

„Agora es tiempo, Señora,
Que hayais de remediar;
Que á vuestro querido, el conde,
Lo llevan á degollar.“

La Infanta, que esto oyera,
En tierra muerta se cae;
Damas, dueñas y doncellas
No la pueden retornar,

Hasta que llegó su aya,
La que la fue á criar.
„¿Qué es aquesto, la Infanta?
¿Aquesto qué puede estar?

„¡Ay de mí triste, mezquina!
Que no sé que puede estar;
Que si al conde me matan,
Yo habré de desesperar.

„¡Saliédes vos, mi hija,
Saliédeslo á quitar!“
Ya se parte la Infanta,
Ya se parte, ya se va.

Fuese para el mercado,
Donde lo han de sacar;
Vido estar el cadahalso
En que lo han de degollar,

Damas, dueñas y doncellas
Que lo salen á mirar.
Vió venir la gente de armas
Que lo traen á matar,

Los pregoneros delante,
 Por su yerro publicar,
 Con el poder de la gente
 Ella no podia pasar.

„¡Apartaos, gente, de armas,
 Todos me haced lugar!
 Si no, por vida del rey,
 Á todos mande matar.“

La gente que la conoce,
 Luego le hacen lugar,
 Hasta que llegó al conde,
 Y le empezara de ballar:

„¡Esforzá, esforzá, el buen Conde,
 Y no queráis desmayar;
 Que aunque yo pierda la vida,
 La vuestra se ha de salvar.“

El alguacil, que esto oyera,
 Comenzó de caminar;
 Vase por los palacios,
 Adonde el buen rey está.

„Cabalgue la vuestra Alteza
 Apriesa, no dé vagar;
 Que salida es la Infanta,
 Para el conde nos quitar.“

„Los unos manda que maten,
 Y los otros ahorcar;
 Si vuestra Alteza no acorre,
 Yo no puedo remediar.“

El buen rey, desde esto oyera,
 Comenzó de caminar,
 Y fuese para el mercado,
 Adonde el conde fue á ballar.

„¿Qué es aquesto, la Infanta?
 ¿Aquesto qué puede estar?
 ¿La sentencia que yo he dado,
 ¿os la quereis revocar?“

„Yo juro por mi corona,
 Por mi corona real,
 Que si heredero tuviese,
 Que me hubiese de heredar.“

„Qué á vos y al conde Claros,
 Vivos os haria quemar.“
 „¡Que vos me mateis, mi padre!
 Muy bien me podeis matar;“

„Mas suplico á vuestra Alteza
 Que se quiera él acordar
 De los servicios pasados
 De Reinaldos de Montalvan,

„Que murió en las batallas
 Por su corona ensalzar.
 Por los servicios del padre
 Lo debes galardonar.“

„Por malquerer de traidores
 Vos no le debéis matar;
 Que su muerte será causa
 Que me hayais de disfamar.“

„Mas suplico á vuestra Alteza
 Que se quiera aconsejar;
 Que los reyes con furor
 No deben sentenciar.“

„Porque el conde es de linage
 Del reino mas principal,
 Porque él era de los doce
 Que á tu mesa comen pan.“

„Sus amigos y parientes
 Todos te querrian mal;
 Revolveros han en guerra,
 Los reinos se perderán.“

El buen rey, cuando esto oyera,
 Comenzara á demandar:
 „Consejo os pido, los mios,
 Que me quereis aconsejar.“

Luego todos se apartaron,
 Por su consejo tomar;
 El consejo que le dieron
 Que lo haya de perdonar;

Por quitar males y bregas,
 Y la princesa afamar;
 Todos firman el perdon,
 El buen rey lo fue á firmar.

También le aconsejaron,
 Fuéronle consejo á dar;

Pues la Infanta quería al conde,
 Con él haya de casar;

Ya desfierran al buen conde,
 Ya le mandan desferrar;
 Descabalga de la mula
 El arzobispo á desposar.

Él tomólos de las manos,
 Así los hubo de juntar.
 Los enojos y pesares
 Placeres se han de tornar.

Cuento es este narrado con una sencillez y llaneza que hechizan, y que hubo de correr con gran valimiento por España en la edad media. Varios poetas tratan por separado diversas partes del argumento contenido en este romance, como por ejemplo la plática del arzobispo, que comienza: „Péame de vos, el Conde,“ la cual está expresada en otros términos en el Cancionero. Asimismo Lope de Susa, poeta de los primeros años del siglo XV., puso allá á su modo el discurso del page.

Duran repara en un anacronismo de este romance, cual es el representar á los doce pares de Francia y á los religiosos de la orden de Trinitarios, intercediendo de continuo á un tiempo por el culpado. Ahora pues la orden monástica de los Trinitarios no fue fundada hasta haber entrado el siglo XIII. Por un exceso de modestia Duran pone juntos en lugar de algunas expresiones de este romance; pero el Cancionero le pone cabal, é yo luego otro tanto. He dejado las divisiones del discurso del arzobispo en estrofas de á cinco versos, según el Cancionero las trae. Un villancico, que en el Cancionero general viene inmediatamente en seguida de este romance, y que empieza con los versos:

Alza la voz, pregonero,

Porque á quien quiere su muerte

Con la causa se consuele, etc.,

se refiere á la sentencia de muerte pronunciada contra el conde. **D.**

72.

Refiere la historia del conde Claros de un modo diverso del en que está contada en el romance anterior. En este pide el conde al rey que le dé por esposa á la Infanta Claraniña, con la cual confiesa haber tenido ilícito trato amoroso, de resultas del cual está ella en cinta. Ira del rey, el cual manda matar á su hija. El conde se va, y se disfraza de fraile, en cuyo hábito viene á confesar á la presa, y la enamora, de lo cual ella se indigna. Al fin el fraile entra en batalla en favor de la Infanta con un caballero, que mantiene la acusacion, y vencíendole y matándole, deja sus hábitos, y se lleva consigo en su caballo á su dama.

Á caza va el emperador
 Á san Juan de la Montaña;
 Con él iba el conde Claros,
 Por le tener compañía.

Contándole iba contando
 El menester que tenia.

„No me lo digais, el Conde,
 Hasta después la venida!“

„Mis armas tengo empeñadas
 Por mil marcos de oro y mas;
 Y otros tantos debo en Francia,
 Sobre mi buena verdad.“

„Llámenme mil camarero
 De mi cámara real.
 Dad mil marcos de oro al conde,
 Para sus armas quitar.“

„Dad mil marcos de oro al conde
 Para mantener verdad;
 Dadle otros tantos al conde
 Para vestir y calzar.“

„Dadle otros tantos al conde
 Para las tablas jugar;
 Dadle otros tantos al conde
 Para torneos armar.“

„Dadle otros tantos al conde
 Para con damas holgar.“

„Muchas mercedes, Señor,
 Por esto y por mucho mas.
 A la Infanta Claraniña
 Vos por muger me la dad.“

„Tarde acordastes, el Conde;
 Mandada la tengo ya.“
 „Vos me la dareis, Señor,
 Acaso que no querais;

„Porque preñada la tengo
 De los seis meses ó mas.“
 El emperador que esto oyera,
 Tomó de ello gran pesar.

Vuelve riendas al caballo,
 Y tornóse á la ciudad;
 Mando llamar las parteras,
 Para la Infanta mirar.

Allí habló la partera,
 Bien oireis lo que dirá:
 „Preñada está la Infanta
 De los seis meses ó mas.“

Mandóla prender su padre,
 Y meter en escuridad;
 El agua hasta la cinta,
 Porque pudriese la carne,

Y perezca la criatura,
 Que no viva de tal padre.

Los caballeros de su casa
Se la iban á mirar.

„Pésanos de vos, Señora,
Cuanto nos puede pesar;
Que de hoy en quince dias
El emperador os manda quemar.

„No me pesa de mi muerte,
Porque es cosa natural;
Pésame de la criatura,
Porque es hijo de buen padre.

„Mas si hay aquí alguno
Que haya comido mi pan,
Que me llevase una carta
Á Don Claros Montalvan.“

Alli habló un page suyo,
Tal respuesta le fue á dar:
„Escribidla vos, Señora;
Que yo se la iré á llevar.“

Ya las cartas son escritas,
El page las va á llevar;
Jornada de quince dias,
En ocho la fuera á andar.

Llegado habia á los palacios,
Adonde el buen conde está.
„¡Bien vengais, el pageico,
De Francia la natural!“

„¿Pues qué nuevas me traeis
De la Infanta? ¿cómo está?“
„Leed las cartas, Señor;
Que en ellas os lo dirá.“

Desde que las hubo leído,
Tal respuesta le fue á dar:
„Uno me da que la quemem,
Otro me da que la maten.“

Ya se partia el buen conde,
Ya se parte, ya se va;
Jornada de quince dias,
En ocho la fuera á andar.

Fuérase á un monasterio
Donde los frailes están;
Quitóse paños de seda,
Vistió hábitos de fraile.

Fuérase á los palacios
De Carlos el emperante.
„¡Mercedes, Señor, mercedes!
Queráismelas otorgar;“

„Que á mi señora la Infanta
Vos me dejéis confesar.“
Ya lo llevaban al fraile
Á la Infanta á confesar.

Él, cuando se vió con ella,
De amores le fue á hablar.
„¡Tate, tate, dijo, fraile!
Que á mí tú no has de llegar;“

„Que nunca llegó á mí hombre
Que fuese vivo en carne,
Sinó solo aquel Don Claros,
Don Claros de Montalvan;“

„Que por mis grandes pecados
Por él me quieren quemar.
No doy nada por mi muerte,
Pues que es cosa natural;“

„Pésame de la criatura,
Porque es hijo de buen padre.“
Ya se iba el confesor
Al emperador á hablar:

„¡Mercedes, Señor, mercedes!
Queráismelas otorgar;
Que mi señora la Infanta
Sin ningún pecado está.“

Allí habló el caballero
Que con ella quería casar:
„¡Mentides, fraile, mentides!
Que no decís la verdad.“

Dasafiense los dos,
Al campo van á lidiar.
Al apretar á las cinchas

Conoció el emperante;
Dijo que el fraile es Don Claros,
Don Claros de Montalvan.

Mató el fraile al caballero,
La Infanta librado ha;
En anchas de su caballo
Consigo la fue á llevar.

En este romance va contenida una exposicion todavía mas animada que la anterior de los amores del conde Claros y de la Infanta Claraniña. En el anterior es el conde el amenazado de muerte; en este es condenada á pena capital la Infanta misma. De ambos es el desenlace la reunion de los dos enamorados. Este romance viene á ser la tradicion francesa del trato amoroso de Eginhardo con la hija de Carlo Magno, argumento arreglado por los Españoles á su modo, y vestido al uso de su tierra.

Duran indica solo con puntos los dos primeros versos de la cuarteta:

Y perezca

D.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSERVATORIO DE CULTURA

UNTA DE ANDALUCIA

ROMANCES SOBRE BOVALÍAS.

73.

Describese al renegado Bovalías y sus galas, buen porte y séquito lucido.

Por las sierras de Moncayo
Vi venir un renegado;
Bovalías ha por nombre,
Bovalías el pagano.

Sieté veces fuera Moro,
Y otras tantas mal Cristiano,
Y al cabo de las ocho
Engañólo su pecado;

Que dejó la fé de Cristo,
La de Mahomá ha tomado;
Este fuera el mejor Moro
Que allende había pasado.

Cartas le fueron venidas,
Que Sevilla está en un llano,

Arma naos y galeras,
Gente de á pie y de caballo.

Por Guadalquivir arriba
Su pendon llevan alzado;
En el campo de tablada
Su real había asentado

Con trescientas de las tiendas
De seda, oro y brocado.
En medio de todas ellas
Está la del reñegado.

Encima en el chapitel
Estaba un rubí preciado;
Tanto relumbra de noche,
Como el sol en día claro.

Dudoso es que el Bovalías de este romance sea el mismo que aquel de quien cuentan una aventura en el romance siguiente, donde es llamado Infante, al paso que en el primero no lleva mas calificación que la de renegado.

D.

74.

Fidé el Infante Bovallias al rey Almanzor su tío ciertas cosas que fueron del rey su padre. Sobre esto; cobrada su hacienda, recobra también Bovallias á la condesa, cuyos amores nunca podia olvidar.

Durmiendo está el rey Almanzor
 Á un sabor atan grande;
 Los siete reyes de Moros
 No le osaban acordare.

Recordólo Bovallias;
 Bovallias el Infante:
 „Si dormides, el mi tío,
 Si dormides, recordad.

„Mandadme dar las escalas
 Que fueron del rey mi padre,
 Y dadme los siete mulos
 Que las habian de llevar;

„Que amores de la condesa
 Yo no los puedo olvidar.“
 „Malas mañás has, sobrino,
 No las puedes ya dejar;

„Al mejor sueño que duermo;
 Luego me has de recordar.“
 Ya le daban las escalas
 Que fueron del rey su padre;

Ya le daban siete mulos
 Que las habian de llevar;
 Ya le dan los siete Moros
 Que las habian de armar.

Á paredes de la condesa
 Allá las fueron á echar,
 Allá al pie de una torre,
 Y arriba subido han,

En brazos del conde Almenique
 La condesa van hallar;
 El Infante la tomó,
 Y con ella ido se han.

75.

Preguntando una dama nuevas de su marido á un caballero que pasa, es informada por este de que ha muerto de muerte violenta. Tras de esto el caballero la enamora, y recibiendo ella mal, se le da á conocer por su marido ausente y supuesto muerto.

La dama.

Caballero de lejas tierras,
 Llegaos acá y pareis;
 Hinquedes la lanza en tierra;
 Vuestro caballo arrendeis.

Preguntaros he por nuevas
 Si mi marido conoccis.

El caballero.

Vuestro marido, Señora,
 Decid de que señas es.

La dama.

Mi marido es mozo y blanco,
 Gentilhombre y biepo cortes,
 Muy gran jugador de tablas,
 Y también del ajedrez.

9*

En el pomo de su espada
Armas trae de un marques,
Y un ropon de brocado,
Y de carmesí el enves.

Cabe el fierro de la lanza
Trae un pendon portugues,
Que ganó en unas justas
Á un valiente Frances.

El caballero.

Por esas señas, Señora,
Tu marido muerto es;
En Valencia le mataron
En casa de un Ginoves.

Sobre el juego de las tablas
Lo matara un Milanés;
Muchas damas lo lloraban,
Caballeros con arnes.

Sobre todos lo lloraba
La hija del Ginoves;
Todos dicen á una voz
Que su enamorada es.
Si habeis de tomar amores,
Por otro á mí no dejéis.

La dama.

¡No me lo mandeis, Señor!
¡Señor, no me lo mandeis!
Que antes que eso hiciese,
Señor, monja me vereis.

El caballero.

¡No os metais monja, Señora!
Pues que hacello no podeis;
Que vuestro marido amado
Delante de vos lo teneis.

Luce la princesa Beatriz su presencia y habilidad en unas bodas en Paris, y pasa entre ella y el conde Don Martin un amoroso coloquio, donde la dama se muestra dispuesta á huir de su marido viejo.

Bodas hacen en Francia,
Allá dentro de Paris;
¡Cuan bien que guia la danza
Esta Doña Beatriz!
¡Cuan bien que se la miraba
El buen conde Don Martin!

Doña Beatriz.

„¿Qué mirais aqui, buen Conde?
Conde, ¿qué mirais aqui?
Decid si mirais la danza,
O si me mirais á mí.“

El conde.

„Que no miro yo á la danza,
Porque muchas danzas ví;
Miro yo vuestra lindeza,
Que me hace penar á mí.“

Doña Beatriz.

„Si bien os parezco, Conde,
Conde, saqueisme de aqui;
Que el marido tengo viejo,
Y no puede ir tras mí.“

77.

Hallándose la Infanta en cinta, habla con el autor de su deshonra; y se lamenta al saber que es de bajo origen; y que no puede ser su esposo.

„Tiempo es, el Caballero,
Tiempo es de andar de aquí;
Que ni puedo andar en pie,
Ni al emperador servir;

„Pues me crece la barriga,
Y se me acorta el vestir.
Vergüenza he de mis doncellas,
Las que me dan el vestir.

„Míranse unas á otras,
No hacen sino reir.
Vergüenza he de mis caballeros,
Los que sirven ante mí.“

„Lloraldo, dijo, Señora;
Que así hizo mi madre á mí.

Hijo soy de un labrador,
Mi madre y yo pan vendí.“

La Infanta, desde esto oyera,
Comenzóse á maldecir;
„¡Maldita sea la doncella
Que de tal hombre fue á parir!“¹⁾

„No os maldigais vos, Señora,
Vos no os queráis maldecir!
Que hijo soy del rey de Francia,
Mi madre es Doña Beatriz.

„Cien castillos tengo en Francia,
Señora, para os guarir;
Cien doncellas me los guardan,
Señora, para os servir.“

Segun otra version de este romance detras de sus tres primeras cuartetas vienen las dos que siguen:

Si teneis algun castillo,
Donde nos podamos ir,
Si sabeis de alguna dueña
Que me lo ayude á parir.

Paridlo vos, mi Señora;
Que así hizo mi madre á mí.
Hijo soy de un labrador;
Que el cavar es su vivir.

D.

1) Que se deja seducir.

Andando á caza el caballero, tropieza con la Infantina, la cual le declara su alto linage de reyes; pero le pide que la tome por muger ó sino por amiga. Quedando el caballero dudoso, y mientras busca consejo y tiempo para resolverse, se llevan á su dama, de lo cual él, se lamenta, maldiciéndose por irresoluto y cobarde.

Á cazar va el caballero,
 Á cazar, como solia;
 Los perros lleva cansados,
 El falcon perdido habia.

Arrimárase á un roble,
 Alto es á maravilla;
 En una rama mas alta
 Viera estar una Infantina.

Cabellos de su cabeza
 Todo aquel robie cobrian:
 „¡No te espantes, Caballero,
 Ni tengas tamaña grima!

„Hija soy yo del buen rey
 Y de la reina de Castilla.
 Siete fadas me fadaron
 En brazos de una ama mia

„Que andase los siete años
 Sola en esta montiña.
 Hoy se cumplian los años,
 Ó mañana en aquel día. 1)

„¡Por Dios te ruego, Caballero,
 Lléveme en tu compañía,
 Si quisieres, por muger,
 Si no, sea por amiga!“

„Espereisme vos, Señora,
 Hasta mañana aquel día;
 Iré yo á tomar consejo
 De una madre que tenia.“

La niña le respondiera,
 Y estas palabras decia:
 „¡O mal haya el caballero
 Que sola deja la niña!“

El se va á tomar consejo,
 Y ella queda en la montiña.
 Aconsejóle su madre
 Que la tomase por amiga.

Quando volvió el caballero,
 No hallara la montiña; 2)
 Vidola que la llevaban
 Con muy gran caballería.

El caballero que lo ha visto,
 En el suelo se caia;
 Desde que en sí hubo tornado,
 Estas palabras decia:

„Caballero que tal pierde,
 Muy gran pena merecia.
 Yo mesmo seré el alcalde,
 Yo me seré la justicia:
 Que me corten pies y manos,
 Y me arrastren por la villa.“

1) Desde aquel amargo día.

2) No la hallara en la montiña.

79.

Ve el conde Arnaldo, estando cazando, una vistosa galera, y queda hechizado con el canto del marinero que la montaba. Ruégale que le diga su cantar, y el marinero rehusa, si ya no se va embarcado con él.

¡Quien hubiese tal ventura
Sobre las aguas de la mar,
Como hubo el conde Arnaldos
La mañana de san Juan!

Con un falcon en la mano
Á caza iba, á cazar;
Vió venir una galera
Que á tierra quiere llegar.

Las velas traía de seda,
La jarcia de un cendal;
Marinero que la manda
Diciendo viene un cantar

Que la mar hacía en calma,
Los vientos hace amainar;
Los peces que andan al hondo,
Arriba los hace andar.

Las aves que andan volando,
Las hace en el mástel posar:

„¡Galera, la mi galera,
Dios te me guarda de mal,

„De los peligros del mundo
Sobre aguas de la mar,
De los llanos de Almería,
Del estrecho de Gibraltar,

„Y del golfo de Venecia,
Y de los bancos de Flandes,
Y del golfo de Leon,
Donde suelen plagiar!

Allí habló el conde Arnaldos;
Bien oiréis lo que dirá:

„¡Por Dios, te ruego, marinero,
Dígame ora ese cantar!“

Respondióle el marinero,
Tal respuesta le fue á dar:

„Yo no digo esta canción
Sino á quien conmigo va.“

80.

Llora la Infanta tener que dejar sus padres y dulce patria, para irse embarcada con Don Duardos, su enamorado. Consuélala este, ponderándole las grandezas y hermosura de Inglaterra, donde la lleva. Vanse al fin los amantes entre tiernas caricias.

En el mes era de Abril,
De Mayo antes un día,
Cuando los lirios y rosas
Muestran mas su alegría,

En la noche mas serena
Que el cielo hacer podría,
Cuando la hermosa Infanta
Flerida ya se partía.

En la huerta de su padre
Á los árboles decia:

„Jamás en cuanto viviere,
Os veré tan solo un día,

„Ni cantar los ruiseñores
En los ramos melodía.

¡Quédate á Dios, agua clara,
Quédate á Dios, agua fría!

„¡Y quedad con Dios, mis flores,
Mi gloria que ser solía!
Voyme á tierras extrañas
Pues ventura allá me guía.

„Si mi padre me buscare,
Que grande bien me quería,
Digan que el amor me lleva,
Que no fue la culpa mía.

„Tal tema tomo conmigo,
Que me forzó su porfía.
¡Triste, no sé donde voy,
Ni nadie me lo decía!

Allí habló Don Duardos:
„No lloréis, mi alegría;
Que en los reinos de Inglaterra
Mas claras aguas había,

„Y mas hermosos jardines,
Y vuestros, Señora mía;
Terneis trescientas doncellas
De alta genealogía.

„De plata son los palacios
Para vuestra Señoría,
De esmeraldas y jacintos
 Toda la tapecería,

„Las cámaras ladrilladas
De oro fino de Turquía
Con letreros esmaltados,
Que cuentan la vida mía.

„Contando vivos dolores
Que me distes aquel día,
Cuando con Primaleón
Fuertemente combatía.

„Señora, vos me matastes;
Que yo á el no lo temía.“
Sus lágrimas consolaba
Flerida que esto oía.

Fuéronse á las galeras
Que Don Duardos había;
Cincuenta eran por todos,
Todos van en compañía,

Al son de sus dulces remos
La Infanta se adormecía
En brazos de Don Duardos,
Que bien le pertenecía.

Sepan cuantos son nacidos
Aquesta sentencia mía:
Que contre muerte y amor
Nadie no tiene valía.

SI.

Cree la reina ser cierta la Infanta su hija; pero sabe por una doncella que habia tenido tres hijos de Don Galvan. Llama á la culpada, la cual niega su culpa, no obstante estar en cinta. Como le llega el parto, y lo que encarga á su amador en aquel duro trance.

Bien se pensaba la reina
Que buena hija tenia;
Que del conde Don Galvan
Tres veces parido habia;

Que no lo sabia ninguno
De los que en la corte habia,
Si no fuese una doncella,
Que en su cámara dormia.

Por un enojo que hubiera,
Á la reina lo decia;
La reina se la llamaba,
Y en cámara la metia.

Y estando en este cuidado,
De palabras la castiga:
„Hija, si virgen estais;
Reina sereis de Castilla.

„Hija, si virgen no estais,
De mal fuego seais ardida.“

„Tan virgen estoy, mi madre,
Como el dia que fui nacida.

„;Por Dios os ruego, mi madre,
Que no me dedes marido!
Doliente soy del mi cuerpo;
Que no soy para servillo.“

Subiérase la Infanta
Á lo alto de una torre;
Si bien labraba la seda,
Mejor labraba el oro.

Vido venir á Galvan,
Telas de su carazon;
Ellos en aquesto estando,
El parto que la tomó.

„;Ay por Dios, ay, mi Señor,
Allegaisos á esa torre!
Recogedme este mochacho
En cabo de vuestro manto;
Dédesmelo á criar.
Á la madre que os parió.“

Probable es que sea este romance un fragmento de alguna tradicion muy apreciada sobre los amores secretos del conde Galvan y de una hija del rey. La composicion es antigua y buena. Está en el Cancionero de romances. **D.**

Quando lleva Vergilios siete años de cárcel por haber forzado á Doña Isabel, va el rey con la reina á verle, y admirando su paciencia, le da libertad y convida á su mesa, desposándole despues con la dama á quien habia hecho violencia, de lo cual recibe ella sumo placer.

Mandó el rey prender Vergilios
Y á buen recaudo poner
Por una traición que hizo
En los palacios del rey;

Porque forzó una doncella,
Llamada Doña Isabel.
Siete años lo tuvo preso,
Sin que se acordase dél.

Y un domingo estando en mesa,
Vínole memoria dél;

„Mis caballeros, Vergilios,
¿Qué se habia hecho dél?“

Alli habló un caballero,
Que á Vergilios quiere bien:
„Preso lo tiene tu Alteza,
Y en tus cárceles lo tien.

„¡Via comer, mis Caballeros,
Caballeros, via comer!
Despues que hayamos comido,
Á Vergilios vamos ver.“

Alli hablara la reina:
„Yo no comeré sin él.“
Á las carceles se van,
Adonde Vergilios es.

„¿Qué haceis aqui, Vergilios?
¿Vergilios, aqui qué haceis?“
„Señor, peino mis cabellos,
Y las mis barbas tambien.

„Aqui me fueran nacidas,
Aqui me han de encanecer;
Que hoy se cumplen siete años,
Que me mandaste prender.“

„Oalles, calles tú, Vergilios;
Que tres faltan para diez.“
„Señor, si manda tu Alteza,
Toda mi vida estaré.“

„Vergilios, por tu paciencia
Comigo irás á comer.“
„Rotos tengo mis vestidos,
No estoy para parecer.“

„Yo te los daré, Vergilios,
Yo dártelos mandaré.“
Plugo á los caballeros,
Y á las doncellas tambien.

Mucho mas plugo á una dueña
Llamada Doña Isabel,
Y llaman un arzobispo,
Ya la desposan con él.
Tomárala por la mano,
Y llévasela á un vergel.

En los romances y leyendas de la edad media Virgilio no es un poeta de la era de Augusto, sino un filósofo, astrólogo y nigromante que vivió reinando un emperador de tiempos muy posteriores. En la novela ó historia francesa titulada Dolopathos es Virgilio el

maestro del príncipe mozo Luciniano, á quien con su sabiduría salvó de la muerte. En otro poema también francés intitulado *Image du monde* (imagen del mundo) está representado como un brujillo ó hechiceruelo, chico, jorobado, con la cabeza caída hacia adelante. En el tesoro de la iglesia de san Dionicio (S. Denis) de Francia enseñaban hace tiempo un espejo negro, dándole por haber sido de Virgilio. Hay hasta libros compuestos sobre los actos de hechicería que hizo. (Véanse los *Faits merveilleux de Virgille* [Hechos maravillosos de Virgilio], Paris, chez nyverd; y „Early prose Romances“ [Antiguas historias fabulosas en prosa], edited by W. J. Thoms. London 1827, part. II., Virgilius.) Naudé tuvo por conveniente defenderle de las acusaciones de hechicería que le hacían. (Véase el Diccionario de Bayle, artículo Virgilio.) Entre sus hechos de nigromancia y malicia cuentan los romances é historias fabulosas de la edad media el de la lampiera inextinguible que hizo, el de su puente sin estribos, el de su cabeza de oráculo parlante, el de su jardín inaccesible, el de su ciudad labrada sobre un huevo, y otros al mismo tenor. En el poema francés titulado: *Renard contrefait* (Zorro contrahecho) está contada sin rodeos la malicia de Virgilio, el cual, por vengarse de una princesa altiva y hazañera, apagó los fuegos todos de la ciudad donde vivía, y puso uno que dejó en una de las partes mas recatadas del cuerpo de la princesa, de modo que para tener fuego fuerza era irle á encontrar allí:

Au cul de celle qui l'avoit trompé.

Aludiendo á esta aventura Juan de la Hita (el arcipreste de Hita), representa á Virgilio como la misma lujuria en forma humana:

Despues desta deshonra et de tanta vergüena,
 Por facer su lujuria Vergilio en la dueña,
 Descantó el fuego que ardiese en la leña,
 Hizo otra maravilla qu'el omen nunca ensueña.

En el romance que antecede no está supuesto ser tan malo, sino un hombre borrachon, que ha pasado siete años en la cárcel sin decir palabra, conseguido despues su perdon, y acabado por casarse con su querida.

D.

83.

Habla muy mal de las mugeres todas el conde Cabreruelo sentado á la mesa del rey. Reprehéndele la reina sañuda, pero con cuerdas razones.

Esse conde Cabreruelo	„Ellos hablan, ellas oyen;
Con el rey come á la mesa;	„Y de mentiras discretas,
¡O cuan mal que se abaldona	„Dichas hoy, dichas mañana,
Á toda muger agena!	„Quien habrá que se defienda!
Apuesta que no hay ninguna,	„Favorecidos, se alaban,
¡Ved cuan mal pensada apuesta!	„Disfaman, si los desprecian.
Si le escucha dos razones,	„La que los escucha, es fácil,
Que de amores no la venza.	„La que no les habla, es necia.
Como el amor atrevidas,	„¡Cuántas nacen, cuántas viven
Como la fortuna ciegas,	„Por agüero de su estrella!
Como el honor peligrosas,	„Al que menos las merece,
Como la mentira inciertas,	„Se inclinan con mayor fuerza.
Así jura que son todas,	„Muchas quejas, muchos dones;
Falsa jura, injusta tema.	„¿Qué mucho que á muchas prendan
La reina, que tal escucha,	„Ejemplo en la piedra dura,
Dió sañuda tal respuesta:	„Que agua continua la mella?
„¡Todas malas? No es posible,	„Enmendaos, amigo Conde,
Ni es posible todas buenas;	„Y de hoy mas las damas sean
Yerbas hay que dan la vida,	„Vuestro honor, no vuestro ultraje,
Y quitan la vida yerbas.	„Vuestra paz, no vuestra guerra.
„Traidores hombres del mundo	„Levantad la parte humilde,
Han hecho traidoras hembras;	„Que es hazaña de alta empresa;
Dellos aprendieron culpas,	„Todos de muger nacimos,
Si culpas cometen, ellas.	„Volvamos todos por ellas.“

Parece que este romance es parte de una serie relativa al conde Cabreruelo. D.

84.

Viene bien armado el Infante en busca de Don Cuadros el traidor, y tirándole el venablo, traviésa el ropage del rey, que junto á él estaba. Enójase el rey, y el Infante acusa á Don Cuadros de traidor homicida de sus hermanos. Decláranse contra el Infante todos cuantos presentes estaban, menos la hija del rey. Pelea el Infante con Don Cuadros, y le vence y mata, despues de lo cual se casa con la hija del rey.

¡Helo, helo, por do viene
El Infante vengador
Caballero á la gineta
En un caballo corredor!

Su manto revuelto al brazo,
Demudada la color,
Y en la su mano derecha
Un venablo cortador.

Con la punta del venablo
Sacaría un arador;
Siete veces fue templado
En la sangre de un dragon.

Y otras tantas fue afilado,
Porque cortase mejor.
El hierro fue hecho en Francia,
Y el hasta en Aragon.

Perfilando se lo iba
En las alas de su halcon;
Iba buscar á Don Cuadros,
Á Don Cuadros el traidor.

Allá le fuera á hallar
Junto del emperador;
La vara tiene en la mano,
Que era Justicia mayor.

Siete veces lo pensaba,
Si la tiraría ó no,
Y al cabo de las ocho
El venablo le arrojó.

Por dar al dicho Don Cuadros,
Dado ha al emperador;
Pasado le ha manto y sayo,
Que era de un tornasol.

Por el suelo ladrillado
Mas de un palmo le metió.
Allí le habló el rey;
Bien oireis lo que habló:

„¿Porqué me tiraste, Infante?
¿Porqué me tiras, traidor?“

„Perdóneme tu Alteza,
Que no tiraba á ti, no;

„Tiraba al traidor de Cuadros,
Ese falso engañador;
Que siete hermanos tenia,
No ha dejado si á mí no.

„Por eso delante tí,
Buen Rey, lo desafío yo.“
Todos fian á Don Cuadros,
Y al Infante no fian, no;

Si no fuera una doncella,
Hija es del emperador,
Que los tomó por la mano,
Y en el campo los metió.

Á los primeros encuentros
Cuadros en tierra cayó.
Apeárase el Infante,
La cabeza le cortó,

Y tomárala en su lanza,
Y al buen rey la presentó.

Desque aquesto vido el rey,
Con su hija lo casó.

85.

Blanca está en pláticas amorosas con el caballero su enamorado, cuando vuelve de súbito de cazar el conde su marido. Como por ciertas señales descubre el serle infiel su esposa. Quiere esta encubrir su culpa, pero no puede, y dice á su marido que la mate.

„Blanca sois, Señora mía,
Mas que no el rayo del sol;
Sí, la dormiré esta noche
Desarmado y sin pavor;

„Señor, peino mis cabellos,
Péíno los con gran dolor
Que me dejeis á mí sola,
Y á los montes os vais vos.

„Que siete años habia, siete,
Que no me desarmo, no;
Mas negras tengo mis carnes
Que un tizado carbon.“

„Esa palabra, la niña,
No era sin traicion.
¿Cuyo es aquel caballo,
Que allá bajo relinchó?

„Dormidla, Señor, dormidla
Desarmado sin temor;
Que el conde es ido á la caza
Á los montes de Leon.“

„Señor, era de mi padre,
Y envíaoslo para vos.“
„¿Cuyas son aquellas armas,
Que están en el corredor?“

„¡Rabía le mate los perros,
Y águilas el su halcon,
Y del monte hasta casa
Á él arrastre el moron!“

„Señor, eran de mi hermano,
Y hoy os las envié.“
„¿Cuya es aquella lanza?
Desde aqui la veo yo.“

Ellos en aquesto estando,
Su marido que llegó:

„¡Tomadla, Conde, tomadla,
Matadme con ella vos!
Que aquesta muerte, buen Conde,
Bien os la merezco yo.“

„¿Qué haceis, la Blanca niña,
Hija de padre traidor?“

ROMANCES SOBRE EL CONDE GRIFOS.

86.

Refiérese otra vez la historia contenida en el romance, y como Alba (en el otro llamada Blanca) se requiebra con el conde Don Grifos, su enamorado, y del modo que la sorprende su marido Albertos, al cual queriendo ella encubrir su pecado, no puede, por haber de él claras señales, y al verse descubierta se cae muerta de vergüenza y miedo.

„Ay, cuan linda eres, Alva,
Mas linda que no la flor!
¡Quien contigo la durmiese,
Una noche sin temor,

„Que no lo supiese Albertos,
Ese tu primero amor!“

„A caza es ido, á caza,
A los montes de León.“

„Si á caza es ido, Señora,
Cáigale mi maldicion.

„Rabía le maten los perros,
Aguillillas el falcon,

„Lanzada de Moro izquierdo
Le trespase el corazón!“

„Apead, Conde Don Grifos,
Porque hace gran calor.

„Lindas manos teneis, Conde;
¡Ay, cuan fiasco estais, Señor!“

„No os maravilleis, mi vida,
Que muero por vuestro amor;
Y por bien que pene y muera,
No alcanzo ningun favor.“

En aquesto estando, Alberto
Toca á la puerta mayor.

„¿Donde os pondré yo, Don
Grifos,
Por hacer salvo mi honor?“

Tomáralo por la mano,
Y subiósse á un mirador;
Abajara abrir Albertos
Muy de presto y sin sabor.

„¿Qué es lo que teneis, Señora?
Mudada estais de color;
Ó habeis bebido del vino,
Ó teneis celado amor.“

„En verdad, mi amigo Albertos,
No tengo de eso pavor,
Sino que perdí las llaves,
Las llaves del mirador.“

„¿Cuyas son aquellas armas,
Que tienen tal resplandor?“
„Vuestras, que hoy, Señor Al-
bertos,
Les limpié de ese tenor.“

„No tomeis enojo, Alva,
De eso no tomeis rancor;
Que si de plata eran ellas,
De oro las haré mejor.“

„¿De quien es aquel caballo,
Que siento relinchador?“
Cuando Alva aquesto oyera,
Cayó muerta de temor.“

Este romance parece que está sin concluir. Lo que sigue falta.
El que va en seguida no tiene enlace con este. **D.**

Los romances No. 85 y 86 tratan una misma historia. En el primero la condesa culpada tiene por nombre Blanca, y en el segundo es llamada Alva ó Alba, que, como es sabido, en latin equivale á Blanca en castellano. En el segundo van puestos los nombres del amante y del marido, que son Grifos y Albertos, á los cuales en el primero no se da nombre. Por último en el primero queda convicta la delincuente; pero nada se dice de cual suerte tuvo, y en el segundo se cuenta que cayó muerta. Así, si la historia queda incompleta, mas lo queda en el romance 85, que en el siguiente. **A. G.**

87.

Estando preso el conde Grifos Lombardo, por haber forzado á una muy ilustre doncella, es tenido cargado de dorados hierros ante el rey Carlos, quien le casa con la Infanta.

En aquellas peñas pardas,
En las sierras de Moncayo
Fue do hizo el rey prender
Al conde Grifos Lombardo,

Ella quejaba del fuerzo,
El conde queja del grado;
Allá van á tener pleito
Delante de Carlo Magno.

Porque forzó una doncella
Camino de Santiago,
La cual era hija de un duque,
Sobrina del Padre santo.

Y mientras que el pleito dura,
Al conde han encarcelado
Con grillones á los pies,
Sus esposas en las manos,

Una gran cadena al cuello
 Con esclavones doblados.
 La cadena era muy larga,
 Rodea todo el palacio;
 Allá se cabra y se cierra,
 En la sala del rey Cárlos.

Siete condes le guardaban,
 Todos han juramentado

Que, si el conde se re-
 vuela,
 Todos serán á matallo.

Ellos estando en aquesto,
 Cartas habian llegado,
 Para que casen la Infanta
 Con el conde encarcelado.

Acaso estos dos romances son fragmentos de una historia sobre las aventuras de cierto mal hombre, llamado el conde Grifós ó Grifón de Lombardía. Ambos están en el Cancionero de enamorado, y á ninguno de los dos ha alcanzado la diligencia de los modernos recopiladores de romances.

D.

88.

El soldan de Babilonia va sobre Narbona con gran poder, y cautivando al conde Benalmeniqui, le trata con gran rigor y afrenta. Va en ayuda de este la condesa, sabidora de su desventura, y ofrece en su rescate su hacienda y hasta sus hijas. Pero el conde dice estar herido de muerte, y no haber menester rescate, con lo cual se conforma su esposa.

Del soldan de Babilonia,
 De ese os quiero decir;
 ¡Que le dé Dios mala vida,
 Y á la postre peor fin!

Armó naves y galeras,
 Pasan de sesenta mil,
 Para ir á dar combate
 Á Narbona la gentil.

Allá van á echar áncoras,
 Allá al puerto de san Gil,
 Donde han cautivado al conde,
 Al conde Benalmeniqui.

Desciéndenlo de una torre,
 Cabálganlo en un rocin;

La cola le dan por riendas,
 Por mas deshonrado ir.

Ciento azotes dan al conde,
 Y otros tantos al rocin,
 Al rocin, porque anduviese,
 Y al conde, por lo rendir.

La condesa que lo supo,
 Sáteselo á recibir:
 „Pésame de vos, Señor
 Conde, de veros así:

„Daré yo por vos, el Conde,
 Las doblas sesenta mil;
 Y si no bastaren, Conde,
 Á Narbona la gentil.

„Si esto no bastare, el Conde;
Tres hijas que yo parí;
Yo las pariera, buen Conde;
Vos las hubisteis en mí;
Y si no bastare; Conde,
Señor; védesme aquí á mí.“

„Muchas mercedes, Condesa,
Por vuestro tan buen decir;
No dedes por mí, Señora,
Tan solo un maravedí;

„Que heridas tengo de muerte,
Dellas no puedo guarir.
Á Dios, á Dios, la Condesa,
Que me mandan ir de aquí.“

„Vayades con Dios, el Conde,
Y con gracia de san Gil;
Dios os eche en vuestra suerte
Á ese soldan paladín.“

Este es un cantar vulgar excelente, sacado del Cancionero de romances. D.

89.

Riñe con grande enojo el duque de Berganza con la duquesa su muger, acusándola sin razon de serle traidora. Quiere volver por su señora un page, al cual corta la cabeza el marido ciego de ira. Mata al cabo este á su inocente esposa al lado de sus hijos; y cometida la maldad, descubre estar inocente la difunta, y arrepentido llora su delito.

Lunes se decia lunes,
Tres horas antes del dia,
Cuando el duque de Berganza
Con la duquesa reñia.

El duque con gran enojo
Estas palabras decia:
„¡Traidora me sois, Duquesa,
Traidora falsa, maligna,

„Porque pienso que traicion
Me haceis y alevosía!“
„¡No te soy traidora; el Duque,
Ni en mi linage lo habia!“

Echó mano de su espada,
Viendo que así respondia;
La duquesa con esfuerzo
Con las manos la tenia.

„¡Dejes la espada, Duquesa!
¡Las manos te cortaría!“
„¡Por mas cortadas, el Duque,
Á mí nada se daría!“

„¡Si no, veldo por la sangre
Que mi camisa teñia!
¡Socorred, mis Caballeros,
Socorred por cortesía!“

No hay ninguno allí de aquellos
Á quien el favor pedia;
Que eran todos Portugueses,
Y nadie lo entendia,

Si no era un pagecico,
Que á la mesa la servia:
„¡Dejes la duquesa, el Duque,
Que nada te merecia!“

El duque muy enojado
Detras el page corria,
Y cortóle la cabeza,
Aunque no lo merecía.

Vuelve el duque á la duquesa,
Otra vez la persuadía:

„¡Morir teneis, la Duquesa,
Antes que viniese el día!“

„En tus manos estoy, Duque,
Haz de mí á tu fantasía;
Que padre y hermanos tengo
Que te lo demandarian;

„Y aunque están en España,
Allá muy bien se sabría.“

„No me amaneceis, Duquesa;
Con ellos yo me avernía.“

„Confesar me dejes, Duque,
Y mi alma ordenaria.“

„Confesaos con Dios, Duquesa,
Con Dios y santa María.“

„Mirad, Duque, estos hijicos,
Que entre vos y mí habia.“

„No los lloreis más, Duquesa;
Que yo me los criaría.“

Revolvió el duque su espada,
Á la duquesa heria;
Dióle sobre su cabeza,
Y á sus pies muerta caía.

Cuando ya la vido muerta,
Y la cabeza volvía,
Vido estar sus dos hijicos
En la cama do dormía,

Que reían y jugaban
Con sus juegos á porfía.
Cuando así jugar los vido,
Muy tristés llantos hacia.

Con lágrimas de sus ojos
Les hablaba y les decía:

„¡Hijos, cual quedais sin madre,
Á la cual yo muerto habia!

„Matela sin merecello
Con enojo que tenia.

¿Donde iras, el triste Duque?

¿De tu vida, qué seria?

¿Como tan grande pecado
Dios te lo perdonaria?“

La relación de un hecho atroz contenida en el anterior romance está hecha por mano maestra. Esta composición está sacada del Cancionero de enamorados.

D.

90.

Pintase cuan galan va Don Bernaldinos en busca de su dama, y como llegado á sus puertas, las halla cerradas, y sabe que su querida ha sido llevada por su padre á lejas tierras. Manda matar Don Bernaldinos á un maldito viejo que le dió tan crueles nuevas, y en seguida se da muerte á sí mismo. Pintase el rico monumento donde es enterrado, y el letrero que ponen sobre él, declarándole amador perfecto.

Ya piensa Don Bernaldino
Ir su amiga visitar;
Da voces á los sus pages
Que vestir le quieran dar.

Dábanle calzas de grana,
Borceguís de cordoban,
Un jubon rico broslado,
Que en la corte no hay su par.

Dábanle una rica gorra,
Que no se podría apreciar,
Con una letra que dice:
Mi gloria por bien amar.

La riqueza de su manto
No os la sabría yo contar,
Sayo de oro de martillo,
Que nunca se vió su igual.

Una blanca hacanea
Manda luego ataviar,
Con quince mozos de espuelas,
Que le van acompañar.

Ocho pages van con él,
Los otros mandó tornar;
De morado y amarillo
Es su vestir y calzar.

Allegado han á las puertas,
Do su amiga solía estar;

Hallan las puertas cerradas,
Empiezan de preguntar:

„¿Donde está Doña Leonor,
La que aqui solía morar?“
Respondió un maldito viejo
Que él luego mandó matar:

„Su padre se la llevó
Lejas tierras á habitar.“
Él rasga sus vestiduras
Con enojo y gran pesar,

Y volvióse á los palacios,
Donde solía reposar,
Puso una espada á sus pechos,
Por sus dias acabar.

Un su amigo que lo supo,
Veníalo á consolar,
Y en entrando en la puerta,
Vidolo tendido estar.

Empieza á dar tales voces,
Que al cielo quieren llegar;
Vienen todos sus vasallos,
Procuran de le enterrar

En un rico monumento,
Todo hecho de cristal,
En torno del cual se puso
Un letrero singular:
*Aquí está Don Bernaldino,
Que murió por bien ama*

91.

Lamentos de la madre ó nodriza de Julianesa, por haberla perdido, habiéndosela llevado los Moros siete años antes. Oye Julianesa llorosa desde los brazos del Moro á la que la llora y anda buscando.

„¡Arriba, canes; arriba!
¡Que rabia mala os mate!
En jueves matais el puerco,
Y en vienes. comeis la carne;

„Ya que hoy hace los siete años
Que ando por esta valle,
Pues traigo los pies descalzos,
Las uñas corriendo sangre.

„Pues como las carnes crudas,
Y bebo la roja sangre,

Buscando triste á Julianesa,
La hija del emperante;

„Pues me la han tomado Moros
Mañanica de san Juan,
Cogiendo rosas y flores
En un vergel de su padre.“

Oido lo ha Julianesa,
Que en brazos del Moro está;
Las lágrimas de sus ojos
Al Moro dan en la faz.

92.

Reconvenciones del sobrino á su tío, porque mas cuida de su regalo que de señalarse en armas. El sobrino mal herido cae en el rio Jordan, y de él se levanta sano.

„Malas mañas habeis, tío,
No las podeis olvidar;
Mas preciais matar un puerco
Que ganar una ciudad.

„Vuestros hijos y muger
En poder de Moros vane,
Los hijos en una zabra,
Y la madre en un cordale.

„La muger dice: ¡Ay marido!“
Los hijos dicen: „¡Ay padre!“
De lástima que les hube,
Yo me los fuera á quitare.

„Heridas traigo de muerte,
Dellas no pudo escapare.
Apretádmelas, mi tío,
Con tocas de caminar.“

Ya le aprieta las heridas,
Comienzan de caminar;
Á vuelta de su cabeza
Caído lo vido estare.

Allá se le fue á caer
Dentro del rio Jordane.
Como fue dentro caido,
Sano le vió levantare

ROMANCES MORISCOS.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Y no lo cogian en sus brazos...
 Porque de sangre se podgan...
 Siquiera de la sangre de...
 Que a tanto espanto...
 Si se pinto un obediente...
 Y si el blanco de sus ojos...
 Que camufla por su...
 Y era mucho, se se...
 De modo que...
 La prenda que en su...

Que si tanta gloria...
 Como en su...
 Una mora...
 No...
 El...
 Con la...
 Buena...
 Si...

ROMANCES SOBRE GUALA Y ARBOLAN.

Como pasa el Moro Arbolan delante del balcon de Guala su dama, y empresa que lleva. Favor que le hace la Mora, y conducta y razones del Moro.

Sobre la verde y las flores
 Unas Moras enlazadas,
 Amarga fruta que dieron
 Sus floridas esperanzas,

La cual de cabellos bellos
 Unos lazos desenlaza,
 Lazos que en lazos de amor
 Rendidas almas enlazan.

Sacó el gallardo Arbolan
 En una muestra gallarda,
 Muestra que al mundo muestra
 Lo que se muestra en su cara,

Y entre matas de un jazmin
 Tiende sus matas doradas,
 Matas que matan á todos,
 Y por ninguno se matan.

No lleva mote en la empresa,
 Que mudo emprendió sus ansias,
 Y el ser mudo no le muda
 La mudanza de su dama.

Cayóle una cinta verde,
 Que el Moro alcanzó, y alcanza
 Tan rico alcance su gloria,
 Que no viviera alcanzada.

Callando á su calle llega,
 Y al pasar por ella pasa
 Tan duros pasos de muerte,
 Que el menor pasa de raya.

Ella, por cobrar su prenda,
 Una su criada llama,
 Criada, y criada al gusto
 De quien es norte en crianza,

Tan mirado y tan temido
 Mira el balcon de Guala
 Que aunque á la mira estuvieran
 Mil ojos, no le miraran.

Y dijole que subiese
 Una lista enamorada,
 Que entre las moras de un moro
 De verde se hace morada.

Que si tantas Moras moran,
Como en su Aljuba en su alma,
Alma mora, Aljuba y Moras
No morirían solitarias.

Él, apuntando la cinta
Con la punta de la lanza,
Punta que su punta esfuerza
Sin faltar punto á su fama,

Dijo: „Las Moras nacieron
De una que sembré en el alma,
Una tan una en belleza,
Cuanto es una en las mudanzas.

„Cogilas sin merecerlo
De mil flores plateadas,
Flores que bien eran flores,
Pues tan de flores se pasan.

„Y no teñirán tu cinta,
Porque de sangre se pagan,
Sangre de la mejor sangre
Que virtió sangre cristiana.

„Si es yerro no obedecerte,
Yerró el hierro de mis armas;
Que cautivo que tú hierras,
Yerra mucho, si te enfada.

„De aqui la pruebe á quitar
Tu prenda quien en tu casa
Prendas sin prendas merece,
Porque aprendá á celebrarlas.

Con esto atajó la rienda
Al caballo y á las ansias;
Parte á acaballo á caballo,
Y en mil partes parté el alma.

Sale Arbolan del juego de cañas triste y celoso, creyendo falso á su dama, por ver preseas que él le ha dado llevadas por su rival Amete. Pena y lamentos y maldiciones del malaventurado

Sale de un juego de cañas
Vestido de azul y verde
El valeroso Arbolan
Casi al punto que anochece

En un alazan caballo
Adornado de jaeces,
Lleno el freno de penachos,
Y el pretal de cascabelos.

De san Lúcar sale el Moro,
Y camino va de Gelves,
Tan melancólico y triste
Cuanto vino ayer alegre.

Porque una morada toca
Que á su Mora dió en retrueque
De un hermoso camafeo
En un verdoso bonete.

Vió que la llevaba puesta
(Si los ojos no le mienten)
En lo blanco de la adarga
Su competidor Amete.

Á sus lástimas tan justas
Á responder no sé atreve
El eco, por no enojalle;
Que aun hasta el eco le teme.

„¡Maldito sea, dice el Moro,
Quien se fia de mugeres,
Pues sabe son mas mudables
Que los años, dias y meses!

„¡Malditos sean sus halagos,
Si halagos decirse pueden,
Pues halagan con la paz,
Y armada la guerra tienen!

„¡Malditas sean sus palabras,
Maldito quanto prometen,
Pues prometen y no cumplen,
Y sin dádivas no quieren!

„¡Maldita su falsa risa,
Pues cuando rien aborrecen,
Y cuando muestran amor,
Es cuando mas se endurecen!

„¡Malditos sean sus favores,
Y el amor falso que tienen,
Pues quieren al que no ama,
Y al que las ama aborrecen!

„¡Malditos sean los gemidos
Que dan, si ausentes los tienen,
Pues no lloran por la ausencia,
Sino temiendo que vienen!

„¡Mal haya tambien mi dicha,
Pues cuando florecer debe,
Con la niebla de unos celos,
Se aniebla, marchita y pierde!

„¡Mal hayan mis esperanzas,
Pues estaban ayer verdes,
Y hoy se han tornado amarillas
Con un cierzo de desdenes!

Y hoy se han tornado amarillas
Con un cierzo de desdenes!

„¿Qué me importa á mí, di, Guafá,
Que me mires siempre alegre?
Pues que segun hoy he visto,
Sin duda entonces me vendes.

„¿Qué me importa que tú digas
Que por mí vives y mueres?
Pues, segun hoy has mostrado,
Fingidamente hablar debes.

„Entre los fingidos tratos
Que á entrambas partes prometes
Sin inclinarte á ninguna,
Á él piadosa, á mí clemente.

„Mas vale que te declares
Y esos ademanes dejes,
Pues que con ellos me engañas,
Y suspenso á Amete tienes.

„Con esto vivirás leda,
Y alegre vivirá Amete,
Y yo moriré contento,
Por ser tú quien me da muerte.

„Podreis gozaros los dos,
Y yo gozaré mi suerte,
Que será una corta vida,
Colgada de esos placeres.“

No pudo hablar mas el Moro,
Que lágrimas le detienen,
Y un sudor que ha procedido
De celosos accidentes.

Partiéndose Arbolán con vistosos arreos á jugar cañas á Jaen,
 lora su partida Guala su dama, con Zara su amiga.

El mas gallardo ginete
 Que jamas tuvo Granada,
 Cortes, galan y discreto,
 Brioso en jugar las cañas;

Diestro en una y otra silla,
 Y mucho mas en las armas,
 Fuerte cual acero en ellas,
 Y cual cera entre las damas;

Diamante entre los alfanges,
 Gracioso en bailar las zambras,
 Sal en las conversaciones,
 Y medido en las palabras;

Vestido de una marlota
 Medio azul, medio encarnada,
 Efetos que causa el Moro
 En la bella Mora Guala;

El capellar amarillo
 Que es color desesperada,
 Azul el turbante y toca
 Por unos celos que trata;

Pártese con razon poca,
 Y auséntase de su dama;
 Él va vestido de fiesta,
 Y ella de luto en el alma.

Camina para Jaen
 Solo por jugar las cañas,
 Cuando Guala pierde el rostro
 De los contentos del alma.

Es Mora, cuya hermosura
 Mil corazones enlaza,
 Y viendo libre á Arbolán,
 De esta manera le habla:

„Arbolán, valiente Moro,
 Tan flacamente me amas,
 Que con pequeña ocasion
 De mi presencia te apartas.

„¡O si pudiera seguirte,
 Y como que te espantaras,
 Viendo en mí la fortaleza
 De amor que en tí se acobarda!

El ver partir á Arbolán
 Tanta pena le dió á Guala,
 Que cayó la Mora enferma
 Al tiempo que él caminaba.

Y á Moras que le preguntan
 De su enfermedad la causa,
 Responde con fingimiento
 Y con palabras dobladas.

Menos dobleces la toca
 Tiene que el Moro llevaba,
 Que son los que Guala muestra
 En el mal y en las palabras.

Solo á Zara, que es su amiga
 Y de su Arbolán hermana,
 Quejas y ocasion le cuenta
 Con plática clara y llana.

„¡Ay Zara, querida amiga,
 Cuan mal tu hermano me trata!
 Que con ausencia rabiosa
 Ya por momentos me acaba.“

Y estas palabras diciendo,
 Se le quedó desmayada;
 Flaqueza del mal que tiene,
 Y fuerza de amor lo causan.

4. *Está preso Arbolan en la torre del oro por mandamiento del rey.
Dícese sus lamentos por su Guala ausente.*

Preso en la torre del oro
El fuerte Arbolan estaba
Por mandado de su rey
Con cuatro alcaldes de guarda;

No porque traidor ha sido
Contra su corona en nada,
Sino por celos que tiene
De su idolatrada Guala.
¡Ay querida Guala,
Triste del que sin verte muerte
aguarda!

Manda que suelto no sea
Sino para mas venganza
Con dos pesadas cadenas,
Que pies y manos le traban.

Viéndose de aquella suerte
Sin remedio de esperanza,
Suspirando dice á voces,
Asomado á una ventana:
„¡Ay querida Guala,
Triste etc.“

Y luego volvió los ojos,
Y á Guadalquivir miraba,
Diciendo: „Rey inhumano,
Ya obedezco lo que mandas.

„Mandásteme poner hierros,
Y cargásteme de guardas;
Ambas á dos cosas son
No sin gran misterio causa.
¡Ay querida Guala,
Triste del que sin verte muerte
aguarda!“

5. *Describe las fiestas de toros y cañas celebradas en Gelves, y una pelea verdadera ocurrida de un lance en los juegos, con el miedo y desorden que el suceso ocasiona.*

Cubierta de seda y oro,
Y guarnecida de damas
Está la plaza de Gelves,
Sus terradós y ventanas
Con la flor de Moros nobles
De Sevilla y de Granada;
Que como el trato es de amores,
Les cubre de orin las armas
Que las tienen los dos reinos
De los reyes alistadas;

Para hacer contra Cristianos
Una presa de importancia.

Ya pues lidiados los toros,
Y hechas suertes gallardas,
De garrochas y bajillas,
De rejonas y de lanzas,

Placenteros se aperciben
Á hacer un juego de cañas
Al son de sus tamborinos
Y clarines y dulzainas;

Despues que mudado hubieron
 Los caballos de la entrada
 Y publicadas sus quejas
 Ya motes, cifras y galas,

En cuatro puestos partidos
 Por cuatro puestos cruzaban;
 Que de dos en dos cuadrillas
 Han de jugar cara á cara.

Los primeros que pusieron
 Los caballos en la plaza,
 Fueron el bravo Almadan
 Y Azarque, señor de Ocaña,

El uno amante de Armida
 Y el otro de Celindaja,
 Contra los cuales salieron
 De la cuadrilla, contraria

El animoso Ganzul,
 El desdenado de Zaida,
 El esposo de Jarifa,
 La hija del Moro Audalla.

De la cuadrilla tercera
 La delantera llevaba
 Lasimali Escandalife
 Y el gobernador de Alhama,

Y Mahomad Bencerrage,
 Valiente Moro de fama,
 Alcaide de los Donzeles
 Y virrey del Alpujarra;

Que de dos damas Zegriés
 Son esclavas sus dos almas,
 Contra los cuales furiosa
 Salió la cuadrilla cuarta.

Llevaba la delantera
 Con gentil donaire y gracia
 Benzulema, el de Jaen,
 Y el corregidor de Baza,

Que sirven en competencia
 Á la hermosa Felisalva,
 La hija de Boazen
 Y prima de Guadalajara.

Mas como tiene la gente
 Que aguardándolos estaba,
 En tormenta los deseos
 Y los ánimos en calma,

Enclavados en las sillas
 Y embrizadas las adargas,
 Los unos contra los otros
 Á un tiempo pican y arrancan.

Y trabando el bravo juego,
 Que mas parecia batalla,
 Donde con destreza mucha
 Allí algunos se señalan.

Los unos pasan y cruzan,
 Los otros cruzan y pasan,
 Desembrazan y revuelven,
 Revuelven y desembrazan.

Cuidadosos se acometen,
 Se cubren y se reparan,
 Por no ser en sus descuidos
 Paraninfos de sus faltas.

Que es desdichada la suerte
 Para aquél que mal se adarga,
 Que las cañas son bohordos,
 Y los brazos son bombardas.

Mas como siempre sucede
 En las fiestas de importancia
 Tras un general contento
 Un azar y una desgracia,

Sucedió al bravo Almadan,
 Que contra Zaide jugaba,
 Que al arrancar de sus puestos
 Cevado en mirar su dama,

Por tirar tarde un bohordo,
Tomó la carrera larga,
Y fuera á parar la yegua
Donde la vista paraba,

Tan lejos de su cuadrilla,
Que cuando quiso cobralla,
No pudo encubrir la sobra,
Ni pudo suplir la falta;

Que sus vencidos amigos
En cuyo favor jugaba,
Le dejaron envidiosos
Del bien por quien los dejaba,

Que fingiendo que no entienden
Las voces que el Moro daba,
Dicen á sus compañeros:
¡Caballero, adarga, adarga!

Sin él parten y revuelven
Con su cuadrilla cerrada,
Corrido el Moro valiente
De una burla tan pesada.

Los ojos como dos fuegos,
Y el rostro como una gualda,
Que el mundo entero
Cede y huye de su vista.

Calóse el turbante airado,
Y empuña una cimitarra,

Haciendo para su yegua
De dos espuelas dos alas,
Furioso los acomete,
Los atropellá y baraja.

La gente se alborota,
Y las damas se desmayan;
Ya vierten sangre las burlas,
Y en la plaza se derrama.

No queda Mora en barrera,
Ni ha quedado alfange en vaina;
Almas y suspiros lloran,
Y los brazos no se cansan.

La noche se puso en medio
Con la sombra de su cara;
Puso treguas al trabajo,
Y limite á la venganza.

Y en tanto que por derecho
Se justifica su causa,
Tomó el camino de Ronda,
Con seis amigos de guarda.

Los ojos como dos fuegos,
Y el rostro como una gualda,
Que el mundo entero
Cede y huye de su vista.

El descomponerse el rey
Que en la corte se veía
Y que en la plaza se veía
Que en la plaza se veía

Que en la noche se veía
Y que en la noche se veía
Y que en la noche se veía
Y que en la noche se veía

Que en la noche se veía
Y que en la noche se veía
Y que en la noche se veía
Y que en la noche se veía

Que en la noche se veía
Y que en la noche se veía
Y que en la noche se veía
Y que en la noche se veía

Que en la noche se veía
Y que en la noche se veía
Y que en la noche se veía
Y que en la noche se veía

Que en la noche se veía
Y que en la noche se veía
Y que en la noche se veía
Y que en la noche se veía

De los que pasó a Abindarraez,
 Y de los celos que causó
 En el pie de Fatima,
 Dolor de Abindarraez,
 Abindarraez y Muza,
 Y el rey Chico de Granada,
 Gallardos entran vestidos,
 Para bailar una zambra,
 Un lunes a media noche
 Fue de los tres concertada,
 Porque los tres son cautivos
 De Jarifa, Zaida y Zara.
 El descomponerse el rey,
 Cosa entre reyes no usada,
 Y darle Muza su ayuda,
 Poco galan sin las armas;
 Que es hombre que noche y dia
 Tiene ceñida la espada,
 Y para dormir se arrima
 En un pedazo de lanza.
 Halo cansado un desden
 Que tiene en los ojos Zaida,
 Y amores de un Bencerrage;
 Que adora los suyos Zara.

ROMANCES SOBRE ABINDARRAEZ.

De lo que pasó a Abindarraez,
 Y de los celos que causó
 En el pie de Fatima,
 Dolor de Abindarraez,
 Abindarraez y Muza,
 Y el rey Chico de Granada,
 Gallardos entran vestidos,
 Para bailar una zambra,
 Un lunes a media noche
 Fue de los tres concertada,
 Porque los tres son cautivos
 De Jarifa, Zaida y Zara.

**De lo que pasó a Abindarraez,
 nada, y de los celos que causó
 en el pie de Fatima,
 Dolor de Abindarraez.**

**bailando una zambra en Gra-
 da su dama Jarifa el que tocó
 Dolor de Abindarraez.**

Abindarraez y Muza,
 Y el rey Chico de Granada,
 Gallardos entran vestidos,
 Para bailar una zambra,
 Un lunes a media noche
 Fue de los tres concertada,
 Porque los tres son cautivos
 De Jarifa, Zaida y Zara.

Abindarraez es mozo,
 Y siempre de amores trata;
 Fatima muere por él,
 Y a Jarifa rinde el alma.

El descomponerse el rey,
 Cosa entre reyes no usada,
 Y darle Muza su ayuda,
 Poco galan sin las armas;

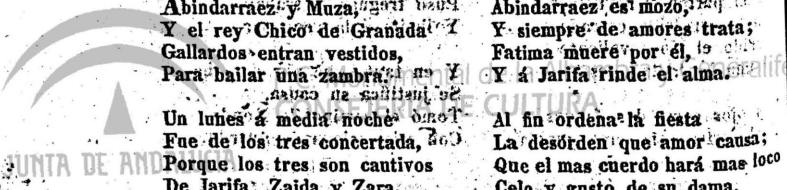
Para cumplir con la gente,
 Echaron fama en Granada.
 Que ha venido cierta nueva
 Que Antequera era ganada.

Que es hombre que noche y dia
 Tiene ceñida la espada,
 Y para dormir se arrima
 En un pedazo de lanza.

Es la fiesta por Agosto,
 Y entra el rey, toda bordada
 Una marlota amarilla
 De copos de nieve y plata,

Halo cansado un desden
 Que tiene en los ojos Zaida,
 Y amores de un Bencerrage;
 Que adora los suyos Zara.

Con una letra que dice:
 Sobre mí fuego no basta.
 Gallardo le sigue Muza,
 De azul viste cuerpo y alma,



Labradas en campo de oro
 Unas pequeñas mordazas,
 Cuya empresa de ellas dice:
Acabare de acaballas.

Abindarraez se viste
 El color de su esperanza,
 Unas yedras sobrepuestas
 Con unas tocas doradas,

Un cielo sobre los hombros
 Con unas nubes bordadas,
 Y en las yedras está letra:
Mas verde cuanto más alta.

Sacaron a las tres Moras,
 Que eran la flor de la sala,
 Eran el adorno de ella,
 Y lo mejor de sus armas.

Abindarraez brioso
 Con una vuelta gallarda
 Pisó á Fatima en el pie
 Y á su Jarifa en el alma.

La mano le suelta al Moro,
 Y así le dice turbado:
 «¿Para qué entraste, encubierta,
 Traidor, la engañosa cara?»

«Arroja el fingido rostro,
 Que el propio tuyo te basta,
 Pues que te conocen todos
 Por mi daño y su venganza.»

Con mil caricias el Moro
 La blanca mano demanda,
 Y ella replica: «No quieras
 Mano en la tuya agraviada.

«Baste que Fatima diga
 En conversacion de damas
 Que estimas en mas su pie
 Que mi mano desdichada.»

Abindarraez turbado
 Sale, huyendo del Alhambra.
 Si verde salió el Moro,
 De negro vuelve á la sala.

Entre tanto el rey y Muza
 Estaban con Zaida y Zara,
 Cansados de tantas vueltas,
 Que son de amor las mudanzas.

Como estaban disfrazados,
 Recostáronse en sus faldas;
 Cuando hablan, enmudecen,
 Y cuando están mudos, hablan.

Tambien se cansaran ellas,
 Que el cuerpo muerto no cansa
 Como el vivo aborrecido
 Que quiere forzar el alma.

Levántase un alboroto
 Que la reina se desmaya;
 La fiesta se acabó en celos,
 Que amor con ellos acaba.

7.
Conversacion entre las tres mejores beldades de Granada; Zara, Fatima, y Jarifa dama de Abindarraez; sobre el lance de este en la zambra, y otros sucesos relativos á sus respectivos enamorados.

Despues que con alboroto
 Pasó el bailar de la zambra,
 Do el gallardo Abindarraez
 Dejó agraviada su dama,

Pisando á Fatima el pie
 En la presencia de Zara,
 Y se entraron con la reina
 Á divertirla sus damas.

Juntanse en conversacion
 Jarifa, Fatima y Zara;
 Que Zaidá está con la reina,
 Que la entretiene y regala.

Son estas las mas hermosas,
 Y de mas nombre en Granada;
 Tiene Fatima en los ojos
 Paraisos de las almas,

Y en sus rubios cabellos,
 El rico metal de Arabia,
 En cuyos lazos añuda
 Las almas mas libertadas.

Tiene Jarifa la frente
 De un liso márfil sacada,
 Con sus mejillas hermosas,
 Y sus labios de escarlata.

Son las manos de cristal,
 Nieve el pecho y la garganta,
 Adonde el fuego de amor
 Invisiblemente abraza.

Y aunque en su comparacion
 Es algo morena Zara,

En discrecion y donaire
 Á las demas aventaja;

Que la flor de la hermosura
 En breve tiempo se pasa,
 Y es don que jamas se pierde
 La discrecion y la gracia.

Es su plática de amores,
 Y de los agenos tratan;
 Que las mudanzas del Moro
 Cada cual la siente y calla.

Lástimas son de Muley,
 Y libertades de Zaida
 Que agora Jarifa llora,
 Y las considera Zara.

Pues ama á quien la aborrece,
 Y Jarifa á quien la engaña,
 Y Fatima está contenta,
 Pues las deja por su causa.

Y como los corazones
 Siempre por los ojos hablan,
 Respondió á su pensamiento
 Jarifa diciendo: „Basta,

„Que no quiero otro castigo,
 Ni pretendo otra venganza
 Que la que te puede dar
 La mentira de mis ansias;

„Que pronto verás el rostro
 De la fortuna contraria
 Con mas luto y mas tristeza
 Que yo la tengo en el alma.

„Que si levanta tu pié,
Y si mis manos abaja,
Es una misma la rueda
Que me humilla y te levanta. Y

„Que ya me subió el favor
No sé si diga mas alta,
Mal anduve en no tenello,
Cuando juntamos las palmas. Y

Zara que ha vivido siempre
De favor necesitada,
Dijo: „¡Dichosa la Mora
Que jamas ha sido amada!

„Si con celosos disgustos
Los gustos de amor se pagan,
El no habello conocido
Es mas segura ganancia.“

Fatima, que estuvo atenta
A una y á otra desgracia,
Coligiendo de sus daños
Una consecuencia llana, y

Dijo: „Quien tan sin razon
Y tan sin porque os agravia,
Merece que le castigue
La que mas quiere del alma.“

Dijera mas, si á deshora
No hubiera llegado Zaida
Á decirías que la reina
Á mucha prisa las llama. Y

Y al levantarse juntaron
Estrechamente las palmas,
Diciendo: „¡Muera su fé,
Y viva nuestra esperanza!“

Celoso de su dama el Abencerrage Abindarraez sabe por un page que no á ella sino á otra Mora es á quien sirve un Zegri que le daba celos. Con esto se pinta el contento del amante, y se entarece el mérito de su dama.

En la ciudad Granadina,
En lo mejor de la plaza,
Que es la casa venturosa
Por Medoro celebrada,

Y la que pinta su pluma
De varias flores y plantas,
Vive allí una dama mora,
Flor de la flor de las damas,

La cual se llama Jarifa
De la torre y de la Alhambra;
Á esta sirve un Bencerrage
Que le dió asiento en el alma. Y

Al cual le dan guerra celos,
Que los disimula y calla
En el turbante y divisa,
Que jamas muestra mudanza.

Á un page de quien se fia,
No suyo, mas de su dama,
Acordó de preguntalle
Si con su Jarifa habla

Un Zegri que se pasea
Por delante sus ventanas,
Y el page que es secretario
De presto le desengaña,

Diciéndole que el Zegrí,
Sirve á otra Mora gallarda,
Á quien se humilla el amorillo
Como á su madre, sagrada.

Y con esto el Bencerrage
Aplacó su ardiente llama,
Pero no mitigó el fuego
Que su corazón le abrasa.

Que quedando satisfecho,
Mas el vivo amor le inflama,
Y del page se despide,
Y va contento á su casa.

Y tiene razon el Moro,
Porqué la Mora que ama
Puede hacer competencia
Con Vénus, Juno y Diana.

Que es tanta su discrecion
Y su hermosura tan rara,

Sigue celoso Abindarraez, y va á desahogar sus afectos debajo de las ventanas de su Jarifa.

Celoso y enamorado
Rompe los aires con quejas,
El gallardo Abindarraez,
Moro gallardo y de prendas.

Enamorado y celoso,
Quejándose de su estrella,
Dice y mira á la ventana
De Jarifa, Mora bella:

„Ventana, divino cielo,
En cuyas hermosas verjas

Que las Musas del Parnaso
Tienen envidia á su fama.

Y si hace escura noche,
Revoltoza y temeraria,
Con sólo ella abrir sus ojos
La hace apacible y clara.

Y del sol los claros rayos
Los revoca y los contrasta,
Porque no es el sol mas de uno,
Y son dos los de su cara,
Cuya clarifica luz
Alumbra á toda Granada.

Y á dicho de todo el mundo
Es la hechura mas alta
Que ha hecho el pincel sutil
De naturaleza sabia.

Y es un retrato divino
Por quien Alá vos declara
Las divinas hermosuras
De su corte soberana.

Ví cautiva mi esperanza
Que mi libertad espera,

„Si del cielo haces ventanas
Y haces cielo de la tierra,
Dame los hermosos rayos
Que el cielo á los tristes niega.

„Mis dichosas esperanzas
Fueron sombra, humo y niebla.
Esposas, mis pensamientos,
Y mi libertad cadena.

„Sufri esperanzas dichosas, dell
Penas en el mar de penas; su
Dejad que mi pensamiento bñed
Lleve al cielo mis querelas. su

„Y tú, hermosa Jarifa, su
Causa de mi mal primera, su
Y en esta prision esquiva
De mi alma carcelera, su

„No quites, Jarifa hermosa, su
Las prisiones en que pena; su
Mas pues de su muerte gustas,
Su muerte te venga fiera. su

„Pero con tormentos mas
No verás mas clara prueba;

Estando Abindarraez en su apuntado gobierno en Castilla, lamenta verse ausente de su Jarifa, á cuya imágen requiebra enternecido.

Fatima y Abindarraez, su
Los dos extremos del reino, su
Ella por extremo hermosa, su
Y él valiente en todo extremo; su

Abencerrage de fama, su
Del rey de Granada deudo, su
Capitan de Alora, cuando
Doraba su rostro el vello; su

Aquel que con los peligros
Daba descanso á su pecho,
Mostrando en él y en los ojos
De un amante y amor tierno; su

El que por su fé y su rey
Ha mostrado en poco tiempo

Que la verdad en el potro
Te la confiesa sin vueltas. su

„Y si para mas tormentos
Mi larga prision ordeñas,
Haz tu querer y tu gusto,
Pues que la tienes sujeta. su

Miraba el Moro celoso,
Y vió de dentro una seña,
En que le avisa que aguarda,
Que está la gente despierta. su

Y quitase el Moro luego
De su puerta, porque suena
Gente en la calle de ronda,
Y témese no le vean.

Que lo que en la edad faltaba,
Sobraba en valor y esfuerzo;

Y en las cortes de Almería,
Las últimas que se hicieron,
Hizo gran servicio al rey,
Guardando al reino sus fueros,

Tanto que los Alfaqúes
Decretaron en consejo
Que se le hiciese una estatua
Por reparador del reino,

Y de esto y de su valor
Estando el rey satisfecho,
Por gratificarle en algo,
Parte de lo que habia hecho,

Le ha nombrado por alcaide
De aquel belicoso suelo,
Donde bebe el mar de España.
Las aguas de Tajo y Duero.

Aquí estaba Abindarraez
Ocupado en su gobierno,
Presente de sus cuidados,
Y ausente de sus contentos.

Cuando á la ausente Jarifa,
Que no lo está de sus duelos,
Sino presente á su pena,
Y de su gloria el destierro,

Hablando con un retrato,
Que le sacó de su pecho,
Donde está mas natural
Que puede en tabla ó lienzo,

Después de decir callando
Mil amorosos conceptos,
Que mas que una lengua ó libro
Habla á veces el silencio,

Dijo: „Amiga de mis ojos,
Vida de mi pensamiento,
No verte, como solia,
Me es otro nuevo tormento.“

11.

Espera con ansias vivas Jarifa á su Abindarraez, que viene en su busca, y está temerosa de que le cautiven ó maten los Cristianos. Vuelve gallardo Abindarraez, que ha caido en poder de Cristianos y sido puesto en libertad, dando palabra de volver á su cautiverio ó rescate. Cásanse los amantes y vanse á Alora, donde el alcaide los rescata, admirando sus buenas prendas.

Ya llegaba Abindarraez
A vista de la muralla,
Donde la bella Jarifa
Retirada le esperaba

Sin un punto de sosiego,
Diciendo: „¿Como se tarda
Mi contento que no viene?
¿Si-le goza allá otra dama?

„Mas ay triste, que no temo
Que olvido sea la causa,
Temo cuitada el peligro
Que viniendo de Cartama,

„Se le ofrezca algo ten Alora
Con los Cristianos de guarda,
Que corren de noche el campo
Todos juntos en escuadra,

„Donde ni le basten fuerzas,
Ni jugar lanza y adarga.
Mas si esto le sucediese,
¿Para qué quiero yo el alma?
„Imposible es que yo viva,
Ni podrá vivir quien ama,
Viendo á su querido muerto
Por su causa en la batalla.“

Con estas y otras congojas
De llorar no descansaba,
Y otras veces de tristeza
En su estrado se arrojaba.

Otras veces se ponía
De pechos á la ventana,
Y de almena en almena
El campo en torno miraba.

No le da miedo estar sola, Cuyo puño está entallado
 Ni las sombras la espantaban, En riquísima esmeralda.
 Ni los nocturnos bramidos De aquesta suerte entra el Moro
 Que sueñan en las montañas; Sin poder hablar palabra;
 Que de lo mas priva lo menos, Que el contento que da amor
 Y de lo mas recelaba, No es contento, si se habla,
 Por su amado gеме y llora, Hasta que ya poco á poco
 De sí no se le da nada; Va cobrando fuerza el habla.
 Y dando en esto un suspiro, Con la cual satisfaccion
 Quitóse de la ventana, Los dos amantes se abrazan,
 Entra luego su leal dueña, Y aquella noche celebran
 Que alegre y regocijada La boda tan deseada.
 Le dice que Abindarraez Tambien se partieron juntos
 Con el cuento de la lanza Para Alora en la mañana
 Dió tres golpes á la puerta, Con un tan rico presente,
 Que es la seña concertada, Cual de los dos se esperaba.
 Que en ella arrendó el caballo, El alcaide los recibe,
 Y ya sube por la escala, Y sin precio los rescata,
 Cuando ya el valiente Moro Usando de su largueza
 Estaba dentro en la sala, Y virtud acostumbrada,
 Aljuba rica vestido
 Con alamares de plata, Teniendo por justo precio
 Altas plumas en la toca, El cumplirle la palabra
 Prendidas con la médalla; Tan cumplidamente el Moro,
 El pomo del rico alfange, Pues iba con él su dama.
 Es una águila dorada,

Los amores de Abindarraez y de Jarifa eran célebres entre los Moros, cuyas crónicas y cantares celebran el valor del primero y la ternura de la segunda. Tambien en los romances y cuentos españoles hace lucido papel Abindarraez, como modelo de enamorado, "ya salga á plaza solo, ya junto con otras parejas de amantes. Y con todo su historia no parece que inspiró bien á los poetas, no pasando de medianas todas cuantas composiciones sobre ella hay escritas. Acaso no ha llegado hasta nosotros cabal su historia, habiéndose quizá perdido varios romances de la serie que de Abindarraez y Jarifa trata. Jorge de Montemayor en su pastoral La Diana enamorada, Lib. I., cuenta muy bien toda la historia de los amores de Abindarraez y Jarifa."

raez, según la referían mas antiguos escritores. Menos acierto tuvo Lope de Vega, imitando en una comedia aquel lindo idilio en prosa. La comedia á que ahora aquí se hace referencia es una en tres actos intitulada *El Remedio en la desdicha*, donde punto por punto está copiada la *Diana de Montemayor*, teniendo solamente por aditamento algunos episodios que nada influyen en la fábula principal. En el primer acto del *Remedio en la desdicha* se supone que se cantan unos versos relativos á los principios de la amorosa pasión de aquellos dos amantes, los cuales versos es probable que estén sacados ó imitados de algun romance antiguo. Son los tales versos como sigue:

**Críose el Abindarraez
En Cartama con Jarifa,
Mozo ilustre, Abencerrage.
En méritos y desdichas**

**Pensaba que eran hermanos,
En este engaño vivian,
Y aun dentro de las almas
El fuego encubierto ardia.**

**Pero llegó el desengaño
Con el curso de los dias,
Y así al amor halló luego
Las armas apercebidas.**

**Quisiéronse tiernamente,
Hasta que llegado el dia
En que pudieron gozarse,
Dieron sus penas envidia.**

El ser nombrado el padre de Jarifa alcaide de Coin obligó á los dos amantes á apartarse. Se quedó Abindarraez en Cartama, y pronto le dió su amada una cita para la noche, según á continuación se expresa:

**Esposó, mi padre es ido
Á Granada desde ayer,
Venme aquesta noche á ver.
Acude Abindarraez, y é yendo de camino, le cautiva el alcaide cristiano de Coin, el cual, prendado del valor del mancebo moro, y enternecido al ver su desesperación, le permite que vaya á la cita. Llegada el amante donde está su dama, le cuenta su aventura del modo siguiente:**

De unos robles verdes
 Entre pálidas retamas
 Oigo relinchos y voces,
 Y alzo la lanza y la adarga;
 Pero al punto estoy en medio
 De cinco lanzas cristianas.
 Mas sin soberbia te digo
 Que eran pocas, otras tantas,
 Y quizá porque eran pocas,
 Trajo luego mi desgracia
 Otras tantas de refresco,
 Y una, la mejor de España.

Este fue el alcaide fuerte
 (Si sabes su nombre y fama),
 Que es de Alora y Antequera,
 Y estaba puesto en celada.
 Apartó sus caballeros,
 Desafióme á batalla,
 Como caballero fuerte
 Cuerpo á cuerpo en la campaña.
 Como era fuerza, aceptéle,
 Y así con la luna clara
 Comenzamos nuestra guerra,
 Jugando las fuertes lanzas,
 Y pues al fin me venció,
 No me alabo, decir basta
 Que tenia tres heridas
 En brazo, muslo y espaldas.

Oida esta relacion, toma Jarifa una resolucion heroica, diciendo:

Yo que voy vuestra cautiva,
 Tengo de ir con su cautivo,
 Porque si en vos, mi bien, vivo,
 No es justo que sin vos viva.

Pasan los dos amantes á verse con el alcaide de Alora, el cual, prendado de su fidelidad, los dá libres sin rescate. Conmovido tambien el alcaide moro de Coin, da su consentimiento al enlace de los dos amantes.

Así Montemayor como Lope de Vega traen en sus respectivas obras los siguientes versos que, segun las trazas, deben de ser traduccion de alguna inscripcion hecha por los Moros en honra de su héroe:

En Cartama me he criado,
 Pero en Granada primero,